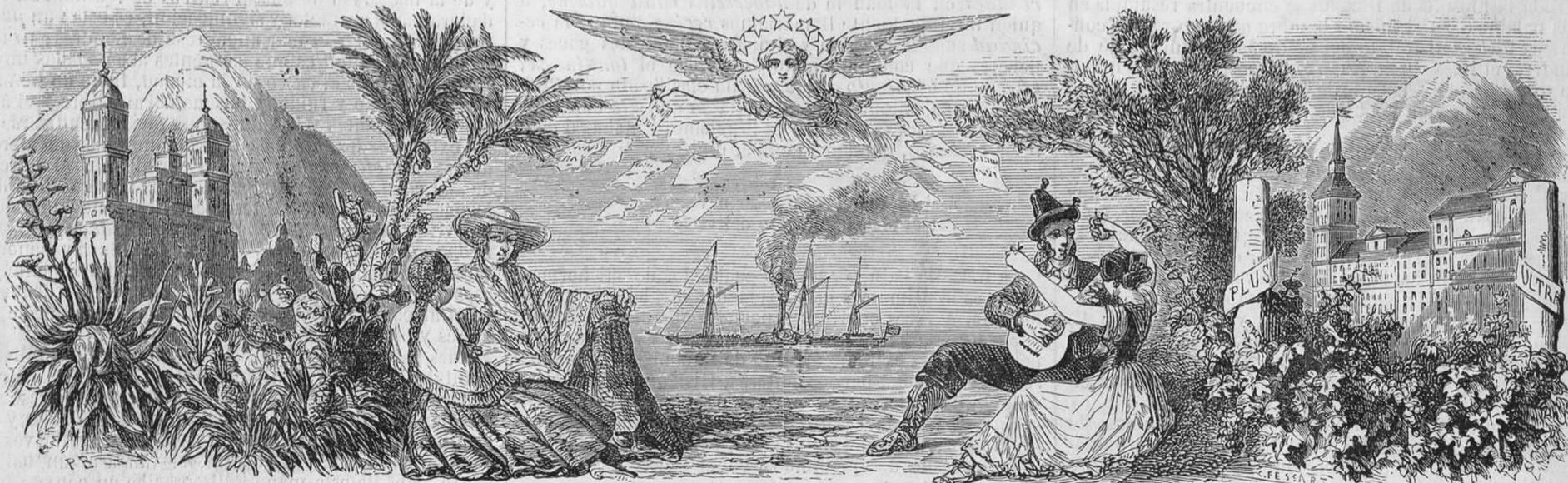


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



Al presente número acompaña el número 13 de la Moda.

1870. — TOMO XXXVI.

EDITORES-PROPIETARIOS: X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 29. — N° 912.

Administración general, passage Saulnier, número 4, en París.

SUMARIO

Cárlos Dickens: grabado. — Usos y costumbres de Londres. — El vals de media noche. — El gran premio de cien mil francos en las carreras de caballos de París; grabado. — Una ordenación en la iglesia de San Sulpicio de París; grabado. — Incendio en la selva de Fontainebleau; grabado. — Revista de París. — El serrallo del bajá. — Exposición de 1870 en el palacio de la Industria; grabados. — Escenas de la vida inglesa. — Mi casa de campo y mi arquitecto, por Nadar; grabados. — El Doctor Témis, novela original escrita por don José María Angel Gaitan. — Los galeones de Vigo; grabados.

Cárlos Dickens.

La noticia imprevista de la muerte de Cárlos Dickens, el célebre autor inglés que conocen desde hace largo tiempo los lectores del *Correo de Ultramar*, porque en estas columnas hemos insertado varias de sus obras mas notables, ha producido en Francia tanta emoción como en Inglaterra. Es verdad que Cárlos Dickens estaba en cierto modo naturalizado francés por la simpatía que contaba en el público. A menudo venia á París, donde contaba con muchos amigos, y á veces se envanecía poniendo á la cabeza de la traducción de algunas de sus obras, una dedicatoria especial á los lectores de Francia.

Cárlos Dickens no era viejo: ha muerto en la plena madurez de su talento, dejando por concluir un libro importante: *The Mystery of Edwin Droods*, en medio del cual un ataque de apoplejía ha puesto la palabra FIN. A los veinte y cuatro años, cuando publicó las *Aventuras de M. Pickwick* (1836), era ya Dickens: nació en Portsmouth, en el condado de Hampshire, el 7 de febrero de 1812. Creo que en muchos de sus libros se pueden hallar algunos detalles sobre sus años de infancia y de juventud.

A decir verdad, *David Copperfield* es algo pariente del gran Cárlos Dickens. Infancia tímida, casi doliente: habia algo de la sensitiva en aquella alma que debia replegarse al menor contacto. No por esto faltaba energía, ni decision, ni una voluntad británica. Su existencia debia ser de las mas sencillas, toda de trabajo y

de triunfos. « Muchas veces he leído mi biografía, escribia Dickens, y siempre he descubierto algun incidente extraño y singular que se me revelaba á mí mismo. » Concluida su educación, educación muy rápida, y que hizo fuera de las universidades, Dickens entró en el bufete de un hombre de ley, y seguramente escribió sus primeros ensayos en el fondo de algun sombrío estudio, entre legajos de papeles. Tambien Balzac comenzó á escribir en casa de un procurador. Dickens recordaba aquellas primeras impresiones cuando contaba la historia casi fantástica y muy positiva con las antiguas formas de la justicia inglesa, del interminable proceso de

Black-House. Este fué el primer paso. Muy luego Dickens fué llamado á taquigrafar los discursos de las Cámaras, las mociones de los meetings, y entonces entró á ser el *reporter del Morning Chronicle*. Por él mismo sabemos que tomaba notas en todas partes, rápidamente, escribiendo sobre sus rodillas en la sofocante atmósfera de las Cámaras, ó al aire libre, recibiendo la lluvia ó con los dedos helados. Entonces el público inglés hizo conocimiento con *Boz*.

Boz era el seudónimo de Cárlos Dickens. *Boz* publicaba en un periódico literario cuadros de costumbres de una verdad minuciosa y sorprendente, verdaderas escenas de Hogarth ó de Wilkie, elecciones de bedeles en las aldeas, paseos en barco de London-Bridge á Greenwich, escenas populares muy chistosas, dibujadas á grandes rasgos, artículos ligeros que vinieron á formar un libro, y el mas curioso de los libros, los *Sketches*, donde aparece Dickens como si reuniera los talentos tan diversos de Sterne, de Swift y de Paul de Kock.

Luego vinieron las novelas: *Nicolás Nickleby*, *Dorrit*, el *Almanac de Antigüedades*, *Bernabé Rudge*, *Copperfield*; el inimitable, el incomparable *Copperfield* y los *Cuentos de Navidad*, que han obtenido tan inmenso éxito. Tambien quiso probar el género dramático, y representaba él mismo sus piezas en el teatro cuyas decoraciones pintaban artistas académicos, y donde trabajaban en su compañía *Wilkie Collins*, el célebre autor de *Ana Caterick*, *Mark Lemon* (muerto hace quince días) y *Bulwer*. Dickens hizo muchas cosas: dió conferencias admirables, fué un gran artista, un gran actor y un gran poeta.

La nota dominante en todas sus obras, la característica de Dickens, es la *compasion*. Diríase que aquella naturaleza nerviosa, fácilmente impresionable, naturaleza esencialmente humana y viril, vibraba en cierto modo á todos los dolores. Poseia el envidiable corazon que palpita por todas las causas justas, que se encoleriza contra la injusticia y que se apiada de todo sufrimiento: es imponderable su ternura respecto de los pequeños, los humildes, respecto de todos aquellos que lloran y esperan. Se ha comparado ese sentimiento en cierto modo afectuoso que brilla, digámoslo así, en sus libros como un rocío, al *humour* de Smolett; pero es mas bien la *lágrima* de que habla



CÁRLOS DICKENS.

Sterne, esa lágrima que en vano otros autores trataran de mostrar si no se hallan tan penetrados, como Dickens, de bondad y de ternura.

« No seas severo con nosotros los vagabundos, dice á M. Gradgrind en los *tiempos difíciles* el viejo saltimbanco Sleary. Preciso es que la gente se divierta. No tenéis mas remedio que aceptarnos. Obrad pues con cordura y caridad, sacando partido de nosotros en vez de inclinarnos al mal con el desprecio. »

Toda la filosofía de Dickens se encuentra resumida en esas palabras. Es el mismo hombre que con pluma comovida trazará el retrato del pobre Joe, el miserable de Londres, el huésped de los *Work-houses*, á quien levantan moribundo en las escaleras del lord, pobre diablo que en toda su vida no había oído mas que palabras como estas :

— ¡ Adelante, adelante, circular !

Es también el poeta íntimo que nos contará la interesante, la conmovedora historia del obrero de Cockerly, Esteban Blackpool, el encarnizado trabajador, mártir caído en el pozo de la mina, y que en el fondo del abismo piensa en la mujer afectuosa que tiene por compañera, que mira hacia arriba para ver chispear una escorpión, y se arma de paciencia contemplándola.

« — A fuerza de mirarla, Raquel, y de pensar en tí, casi he concluido por no acordarme de la miseria de este mundo... Mi último deseo ahora, es que las gentes se unan mas y mas, y logren comprenderse mejor recíprocamente. »

Vemos pues que en el fondo de todas las obras de Dickens reside el amor, el amor de toda criatura humana. Ama y hace amar, y hace compadecer al niño pobre con Oliverio Twist, al niño enfermo con el pequeño Dombey, al trabajo con Blackpool, á la miseria con Joe. Y nunca emplea Dickens la violencia. Sus pobres son mártires, no rebeldes. Los dolores que sufren son la paciencia de los desdichados de Londres, dicen mucho mas contra la sociedad que lo que podrian decir las imprecaciones y los gritos. No se sirve de la ira para dirigir sus razones á los felices de este mundo, sino de las lágrimas. La idea que descuella constantemente, que se olvida á menudo y que lo dice todo, se encierra en esta palabra : *deber*. Es la palabra que repetía á los obreros de Manchester ó de Liverpool declarados en huelga, y con ella los enternecía y hechizaba.

Y porque cree que toda criatura humana está obligada á cumplir con su deber, y á cumplir bien, se muestra Carlos Dickens implacable con todos los egoísmos y todas las hipocresías.

Tiene indignaciones feroces, ironías punzantes para pintar á esos seres que rebosan frialdad, severidad cruel é inútil, pretenciosa é insolente necedad, avaricia ó cobardía, que se llaman Scrooge, Peckniff, Martin Chuzzlewii, M. Bounderby. Al ver que se entretiene en pintar tales vicios, se diría que se complace en presentarnos á la humanidad con toda su fealdad; pero lo cierto es que la risa de Dickens se halla en cierto modo impregnada de lágrimas. No es la risa sonora y sana de Balzac, sino una risa aguda, acerada y bondadosa.

Si; Dickens tenía siempre lágrimas en los ojos; pero no se impuso nunca la tarea de hablar mal de los hombres; lo que hacia era compadecerlos. Y entre tanto amaba todo lo que es bueno y sincero. Creía, y con razón, que la humanidad se desgarraba el seno con sus propias manos, y que los mejores suelen ser los que mas daño se hacen. Contaba esas luchas crueles, esas separaciones, esos errores que constituyen la vida, y para hacerlos olvidar, para borrarlos, para consolar á los que padecen, añadía una sonrisa á todas las cosas, é introducía suavemente en la casa entristecida, en la sala vacía, en el cuarto pobre, el consolador y hechicero eterno que se llama el *sueño*, esto es, la *ilusión* de la vida.

J. C.

Usos y costumbres de Londres (1).

Sobre los problemas que una sociedad lleva hoy día, como *de reata*, para irlos resolviendo, cómo y cuándo le venga á cuento, tiene la sociedad inglesa un numeroso *apéndice*, hijo de la *hinchazón* y crecimiento de la capital de su monarquía. Hace años, se calculaba en veinte y cinco el número de casas que cada día se edificaban en Londres, y este número, juiciosamente pensado, va en progresivo aumento. En un abrir y cerrar de ojos se levanta aquí un barrio entero y verdadero, con mercado, iglesias, teatros y demás edificios públicos de necesidad y lujo, y solo las torres de los templos bastan á hacer aparecer á Londres como un *bosque de agujas* espesísimo. Consecuencia de este ensanche descomunal es que la manera de vivir, las necesidades y los problemas mismos que se *trinchán* y resuelven en una aldea por un *alcalde de monterilla*, se complican y enmarañan en este cuerpo gigantesco, y en todo se nota y percibe el influjo de su grandeza. Con imaginarse que del extremo noroeste de Londres hay que tomar un omnibus, después una línea férrea, que cuenta tres estaciones, salir de

ella y tomar pasaje en otra que tiene siete estaciones, y todo para llegar á *diez minutos de distancia* de lo que se llama el centro, se puede formar alguna idea de este Océano de calles y de plazas, que mide 24 kilómetros en cuadro.

Este *vicio* de conformación de la sociedad inglesa, empeñada en llevar la sangre á la cabeza, á riesgo de sufrir una apoplejía, por fuerza ha de crear costumbres, engendrar usos, producir males y dar origen á *peculiaridades* en la manera de *habérselas cada quisque*, á quien impropriamente llamaríamos *vecino*, porque la *vecindad* supone la carga y el disfrute de ciertos goces y deberes que completamente desconoce el *londinense*, especie de *biváculo-racional*, no clasificado por *Buffon*, porque entonces no se sabía lo que era construir *detached-houses*, ó lo que es lo mismo, conchas ó castillos *aislados*, donde se mete el inglés, y

Allá los mundos sin cesar naveguen
Por el piélago inmenso del vacío.

La frase de Cain, « ¿ soy yo guardador de mi hermano ? » es la primera y mas usada del vocabulario social londino. A veces ocurre un incendio que divisan labradores á cinco y seis leguas de distancia, y *no lo ven* los habitantes del extremo opuesto de la ciudad. Suele *barrer* una epidemia barrios enteros, tristemente empavados con banderas negras, y si no lee el periódico el *vecino*, apenas se da *cata* de ello, y á cada instante, hojeando periódicos del continente, se *saben* sucesos que le han pasado desapercibidos, como quien dice, *á la puerta* de su casa.

Uno de los primeros efectos de esta hinchazón descomulgada, es mejorar en tercio y quinto el aislamiento á que de suyo es inclinada esta raza. ¿ Qué diablos ha de hacer el prójimo; que para visitar á un amigo necesita, ante todo, tomar un *saco de noche*, su *paraguas* y un billete de ferro-carril, en donde ha de pasar, por término medio, un par de horas de ida y vuelta? Grande ha de ser el cariño ó la necesidad que mueva á un cristiano á sacrificar un día á una visita. Aquí pues no se conoce eso de *echar un párrafo* de compadres tras cada vuelta de esquina. Esa *dicha* de tenerlo *todo á la mano*, el teatro, el café, el paseo, la novia y el amigo, es desconocida al pobre errante del ciudadano inglés, lo cual, indudablemente, contribuye á acrecentar mas su afición *casera*, y á proporcionarse en el hogar mayores atractivos de los que necesita el que *dine en ville*, y anda *azotando calles* de día y de noche.

Por esto el inglés busca el *detached-house*, rodeado de jardines, tiene su conservatorio, librería, suserición rigorosa á los periódicos y obras mas importantes, bodega excelente, baño y otras comodidades y placeres *dentro de puertas*, donde se entrega á sus ocupaciones, sin temor de que le perturbe un *visitero* con aquello de « hombre, pasaba por aquí, y dije : *aquí me cuelo*. » Una visita ordinaria en Londres tiene algo del carácter de las oficiales. Es preciso que sea *anunciada*, ya que no *confirmada* por el receptor, porque no es cosa de gusto hacer una jornada larga, gastar un día, y encontrarse que el señor no está en casa ó no recibe; en una palabra, darse con la puerta en los hocicos. Por el mismo consiguiente, en el trato social de esta metrópoli no se conoce tampoco esa falsedad con que se muestra buena cara á un *visitante*, y se echa pestes contra él apenas pisa la del rey, encomendando al demonio la hora en que le dió la tentación de *honrarle* con su *impertinente presencia*. El trato es por lo menos sincero, pues no hay motivo para falsearlo. Si gusta de la visita, con cuatro letras y una estampilla lo manifiesta; si no, con callar la boca ó pretextar ausencia, en *puerta cerrada no entran moscas*.

En cambio, el huésped que se ve favorecido con el recuerdo y la persona de un amigo, le hace mil fiestas y agasajos significativos de su profundo reconocimiento. *Visitas en seco* no son concebibles en Londres. Se supone, ó debe suponerse, que el *aparecido* vendrá de *lueñas tierras*, harto y asendereado de viajar *por dentro* de la capital, acaso *ayuno*, ó simplemente *traspillado* por la distancia de su primera colación y la fatiga del movimiento, y si no llega á tiempo de participar del *piscolabis* que se llama *luncheon*, y equivale á *las once* de nuestros canónigos y *española antigua*, lo primero es ofrecerle con qué *vigorizar* el ánimo y remojar las fauces, para cuyo menester tienen todos dispuestas dos botellas, una de Oporto *restaurador* y otro de *excitante* jerezano, con algunos biscochillos de *Palmer*, ó galletas *perla*, que se avienen grandemente con dichos líquidos; y si por ventura la necesidad aprieta, se acude á remediarla con sendos *sandwiches*, vulgo *emparedados*. Esto es tan necesario como *los buenos días* y el *apretón* de manos, pues sería cosa cruel dejarle á la ventura por mares nuevos y desconocidos, y tal vez sin blanca en la bolsa; demás de que el inglés no habla ni paula, ni sirve de provecho alguno si no se *encandila* un poco con el zumo de la parra, que le quita la humedad y el moño, y le da en cambio luz y brillantez, y esto es probado. De aquí proviene también la costumbre de dar de comer al duelo en los entierros, suponiéndose que la mayor parte de los amigos viven lejos y tardarán mucho tiempo en volver á sus hogares.

Otra de las consecuencias del ensanche colosal de Londres es la necesidad del *club*; pero entiéndase que el *club* ni es, ni sirve de lo que en el continente las reuniones de este nombre, círculos, centros y casinos. Al contrario, el *club*, bajo cierto punto de vista, es la *carrija* del inglés; un lugar disputado para aburrirse en *co-*

mun, y una asociación que acaba por fomentar el aislamiento. Para un continental, el *club* ó casino es un soberbio acomodo, especialmente si es soltero, lo cual no quita que los casados abusen también de su propiedad de *inclubables*. El casino les sirve para todo, y le sacan buen jugo al dinero que les cuesta. En Inglaterra es al revés. El origen del *club* fué efecto de la *extensión* de Londres mas bien que de la evaporación del calor social en razón directa del ensanche de la circunferencia y de la necesidad de buscar *centros* de reunión. Su verdadero papel, carácter y significación, es esta : un *puerto de escala* en el mar anchuroso de Londres; ni mas ni menos. Natural es que las gentes acomodadas huyan y hagan la cruz al *casco* de la ciudad, lleno de tiendas, fábricas, humo y ruido, y busquen el aire libre y el aroma de las plantas y las flores, que pueden cultivarse en las extremidades, un poco mas desahogadas de mercados. Esta *city-phobia* se lleva por algunos al extremo de alargarse por esos campos de Dios hasta siete ó diez leguas, al amparo de los ferro-carriles, y no faltan quienes viven en *Brighton*, *Southampton*, *Hastings*, *Saint-Leonards* y otros puertos y lugares del Sur, y tienen la santa paciencia de andarse zarandeando diariamente por espacio de tres horas, *á grande vitesse*, á trueque de respirar como un *racional* la brisa reparadora de los mares y el suave céfiro de los montes.

Pues para estos y *tutti quanti* del ciudadano inferno bonitamente y con gentil compás de piés hacen *tirteafuera*, el *club* es un verdadero puerto de refresco, ó estación marítima, adonde se llega, no para solaz y regocijo, sino como de *arribada forzosa*, y de vez en cuando, para comer ó vestirse, si van á algun baile ó teatro. Y es de esta manera. Hoy recibe un convite *John Bull*, adonde ha de ir de rigorosa etiqueta. Como no ha de abandonar los negocios por tan leve causa, ni presentarse en el tren y en la *city* de frac y corbata blanca, ni tiene tiempo para volver, vestirse y tomar el portante, coje desde por la mañana su ropita de acristianar, la mete en un saco de noche, acaba sus negocios, se dirige al *club*, come, pide un cuarto de vestir, se *debarbouille* y emperegila, acude á su reunión, vuelve al *club*, hace nueva *mutatio capparum*, y carga de nuevo con su saco hacia el hogar. Dígase cómo podria valerse este pagano, si no tuviese un *puerto de escala* en el cogollo y centro de Londres, para cumplir con todos sus compromisos sociales. Se sobreentiende que en esta entrada por salida que de higos á brevas hace en el casino, no hay para qué saludar ni formar corrillos con sus colegas, ni leer la *última hora*, ni hablar de *política europea*. Lo mas que hará el cuitado, es entenderse con un sirviente y despejar el campo antes y con tiempo. Este es el uso general del *club* en Londres, exceptuando algunos solterones, ó viejos, ó *rentiers*, que por acaso viven cerca y explotan la sala de billar ó de lectura; pero son tan pocos, que no logran quitar á sus salones la perspectiva de un *desierto adornado*, donde aquí uno *bosteza* y allá otro *se concentra*.

Efecto es también de las distancias el aire neutral, glacial, cosmopolita, incoloro de los teatros. Uno de los atractivos del teatro en el continente, es la simpatía, el placer que engendra la reunión de personas que se conocen, se saludan ó se tratan. En Londres, por lo general, todos son *desconocidos*, fuera de ese círculo que tiene derecho á la notoriedad. En lugar primero, el teatro es caro de veras, como todas las cosas de lujo. En segundo lugar, no *hay la costumbre* de abandonar *la casa*; en tercer lugar, es una verdadera *jornada*, cuyos incómodos pesan mas que los atractivos, porque no es cosa de gusto salir cuando ya no corren los trenes, y encontrarse en lejanas latitudes que, ó requieren el sobregasto de un coche y llegar al puerto casi de madrugada, ó ponerse á merced de los cocheros en hora tan menguada é intempestiva.

Los aristócratas y los extranjeros pueblan solamente los teatros; y es cosa de hacer una raya y repique el día en que un padre de familia se descuelga con toda su lechigada en un paleo ó antepecho de anfiteatro. Baste decir que para todo el año da hilo el cuento y recuento de la funcion. Si así no fuera, quinientos teatros apenas bastarian para satisfacer la afición *teatral* de los que pueden darse este gusto; mas la verdad es que hay millares de familias ricas que no han visto un telón de boca, en lo que algo influye también algun resto de puritanismo, siempre mortal enemigo de esta *soi-disant* escuela de costumbres. En cambio, bien se puede decir que toman la representación *á pechos*, sin andarse en repulgos de crítica.

Todo está bien para el público de Londres, y si no hubiese esos *criticones* de periodistas descontentadizos, que hablan de prostitución del arte, postración, degeneración, y otros *on* censuradores, cuando menos, creeria el inglés asistir á la edad dorada de los dramaturgos. En efecto, él se cree que toma el billete para aplaudir, y rara vez ó nunca se ven esas grescas que tanto abundan por otras, partes sino que *tout est pour le bien dans le meilleur des mondes possibles*.

¿ Y de la facilidad de ocultar crímenes, vicios, travessuras, intrigas y diabluras, representar papeles, engañar al prójimo é *ingeniarse* por estilos varios? Paris es una cáscara de nuez bajo este aspecto. Aquí los caballeros de industria, aquí los quebrados-enteros, aquí los don Juanes sin chambergo, los perseguidores de fortunas, los embelecadores, falsarios, busca-vidas, jugadores, *castañeros*, y de toda la innumerable caterva de los que viven sobre el país, sin ley, mandamiento ni cosa que lo valga, mas que su ingenio, sus uñas ó su pico, todos tienen en Londres una tierra de bendición. Esa coyuntura de poder trasplantarse de un extremo á otro,

(1) Tomamos estos curiosos apuntes sobre los usos y costumbres de la inmensa ciudad de Londres en 1870, de una correspondencia de aquella ciudad, que ha publicado nuestro colega de Madrid el *Tiempo* del 8 de junio.

y hacer los papeles que se le antoje á cada prójimo, en ninguna parte como en Londres.

Hombre hay á quien le besan el manto en la *city* y le hacen la cruz en su residencia. Cuál dama es tenida por Susana en un arrabal, y busca otro para representar á Mesalina. Aquí aparece un caballero en *grand tenue*, y á pocos dias desaparece, dejando las paredes por despojo á sus acreedores. Doncella se escapa con su galan, y vive con él dentro de Londres, mientras sus padres ofrecen gratificacion y publican sus señas sin resultados, perdida dos veces en este mar de escollos y tempestades de pasiones.

Tal vez mas de un Troppmann se pasea ignorado entre la agitada muchedumbre, ó desapercibido deja estos bulliciosos puertos por los del nuevo mundo, lanzando un reto á la Providencia y un sarcasmo á los filósofos que personificó en *M. Square* el famoso *Fielding*, creyentes en la propiedad y *rectitud eterna de las cosas*.

¡Cuántos seres miserables, cuánta alma corva, cuánto sórdido interés no encuentra campo en esta Babilonia para sus malvados fines! ¡Cuánta lágrima que *no nos moja*, cuántos *ayes* que no se *oyen*, cuánto gozo que no nos alegra y calor que nos deja frios, porque cada casa es un arcano, y cada existencia un misterio, y cada rumbo distinto, sin haber mas armonía ni concierto que en luchar á brazo partido para ganar la batalla de la vida, á que se lanzan muchos, con el hambre á la espalda, al lado dos agentes de policía y delante un mendrugo de pan, que como anguila se le resbala y huye!

Mil plumas como las de *Sue* y *Reynolds* no podrian en cien años contar los misterios de Londres; y cuando así fuera, la verdad es todavia mas *extraña* que la ficcion, y cuando alguna vez el diablo *tira de la manta* y descubre un ladito de este movimiento oculto, de esta vida solapada que permite la inmensa extension de la metrópoli; cuando la prensa ó los tribunales dan con una de esas *vetas* subterráneas, llámense corrupcion de las familias, como en el caso *Mordant*, ya *envenenamiento* por mayor, como en la adulteracion de las provisiones, ya de interés y egoismo, como en el caso *Palmer*, ya de vicios abominables, como los de la presente causa ruidosa de *Boulton* y consortes, se trae á luz un complicado mundo de ramificaciones desarrolladas impunemente hasta un grado que asombra, en medio de la facilidad que promete esta aglomeracion colosal de lobos y corderos, contenido solo por temor á *Newgate* y á *Calcraft*.

Nunca acabaríamos si fuéramos á indicar menudamente los fenómenos producidos por esta hidropesía de poblacion que aqueja á Londres, esfinge que va devorando á todos los pueblos que de cerca le miran, capital absorbente y de una *adhesividad* exquisita, que todo se lo *anexiona* y engulle en su hirviente estómago, amenazando llegar un dia en que su majestad *londinense* diga, como Luis XIV, *yo soy la Inglaterra*. Pero los cuerpos colosales son faltos de proporcion y pesados en algunos de sus movimientos, y así no es extraño que con tanta fuerza y vigor en unas partes, tenga tantas flaquezas y debilidades en otras.

Sydney Smith, al ver el pescuezo de una girafa, dice-se que observó con gran donaire lo que tendria que ver este cuadrúpedo *con la garganta mala*.

Imagíne el lector, en proporcion al desarrollo de Londres, lo que tendrá que ver esta sociedad cuando alguna parte se le enferma ó alguna inmundicia se remueve.

El vals de media noche.

(Conclusion. — Véase el número 911.)

— En este caso, os suplico que las tomeis, podeis darlas á quien mejor os acomode.

— ¡Otilia!...

— M. Ebersdorf, ignoro quién os ha dado derecho para nombrarme así.

Federico se mordía los labios. El vals volvió á empezar y concluyó sin que ellos pronunciasen ni una palabra mas. Luego que la señorita de Wolkenstein se sentó, y mientras que se entretenía dirigiendo su lente ya á lady Emily, que con una impaciencia visible buscaba los ojos del príncipe, ya al mayor Ebersdorf que conversaba acaloradamente con la señorita de Frankenthal, el mismo príncipe, de gran uniforme y con el gran cordon del Pelicano en el pecho, se presentó delante de ella en todo su esplendor.

Pasados los primeros cumplidos.

— Monseñor, le dijo Otilia, que conocia bien el lado débil del ilustre personaje, permitidme que os pida noticias de Sultan.

A tan fina demostracion de condescendencia y amabilidad de parte de la orgullosa Otilia, la fisonomía de su Alteza Real se animó, y sentándose á su lado, comenzó á darle las mas satisfactorias noticias sobre la salud de su caballo favorito. Luego viéndose escuchado con tanta atencion, el noble heredero de la corona ducal se dignó someter á la aprobacion de su bella interlocutora los vastos planes que meditaba para la mejora de la administracion en sus Estados, y le participó el designio que tenia de pedir á su augusto padre con motivo de la gran

parada que iba á verificarse, uniformes nuevos para los oficiales de la armada, etc., etc.

La señorita de Wolkenstein estuvo tan complaciente, tan vivamente interesada en la conversacion del príncipe, que este, satisfecho de sus buenos resultados, le pidió el honor de bailar con ella el cotillon. Otilia aceptó lanzando miradas de triunfo á lady Emily y á M. Ebersdorf, que seguia conversando con la señorita de Frankenthal.

Cuatro dias antes la señorita de Wolkenstein habia prometido este mismo cotillon á Federico; y aunque ella acababa de herir su amor propio terriblemente, su política y otros sentimientos mas dominantes no permitian al conde olvidar esta promesa; así fué que al momento en que se disponia el cotillon, vino á recordarle su compromiso aparentando alguna frialdad.

— Dignaos perdonar mi mala memoria, contestó Otilia con aire desdenoso, habia olvidado lo que quereis recordarme, y acabo de comprometerme con otro.

Federico temblaba de cólera.

— ¿Puedo tener el honor de saber con quién? preguntó esforzándose por manifestar serenidad.

El príncipe los interrumpió dando la mano á Otilia, y diciendo á voces á Federico:

— M. Ebersdorf, hacednos el gusto de dirigir el cotillon.

Federico se colocó con la señorita de Frankenthal á la izquierda de Su Alteza: en este instante lady Emily y su madre atravesaron el salon y se retiraron.

La casualidad y las mil y una figuras de este caprichoso baile, hicieron que Otilia y Federico se hallasen juntos algunos momentos, y casi solos.

— Os doy gracias, señorita de Wolkenstein, dijo el conde con tono despreciativo, os doy gracias por la leccion que acabais de darme: os habeis colocado tan alto ó tan bajo, que no puedo menos de agradeceros que me hayais abierto los ojos en tiempo oportuno.

— ¿Qué quiere decir esto, señor conde?

— Que yo no tengo nada que ver con las queridas de los príncipes.

La orgullosa Otilia apenas tuvo tiempo de contestar con una terrible mirada á tan ultrajantes palabras, porque su real compañero la tomó para bailar en aquel instante, en que por primera vez de su vida se veia profundamente humillada, y despojada de su calma y dignidad habituales. Sin embargo, ocultando la rabia que devoraba su corazon bajo una apariencia de ligereza, recibió las atenciones de todos y las del príncipe, á cuyo lado permaneció durante la cena y casi el resto del baile.

El siguiente dia al levantarse el gran duque, M. Ebersdorf pidió á su soberano el permiso para casarse con la señorita de Frankenthal, y un destino fuera de sus Estados; y á los cuatro dias, verificado el matrimonio delante de toda la corte, Federico marchó con una comision especial para San Petersburgo, llevando consigo su mujer y sus despachos.

II.

El siguiente año fué muy fecundo en acontecimientos importantes para la ciudad de F... el matrimonio del príncipe heredero con una princesa de ***, dió lugar á innumerables festividades, y á la fundacion de una orden de mérito civil, que puso en inquietud á todos los consejeros del ducado. El maestro de capilla de la corte se escapó con la *prima donna* del gran duque, causando un escándalo prodigioso. El montero mayor cayó de la gracia de Su Alteza por haber dicho que Napoleon era un hombre de genio; y la señorita Otilia de Wolkenstein se hallaba gravemente enferma de un mal desconocido para los médicos del gran duque: algunos opinaban que se habia constipado en el matrimonio de M. Ebersdorf; porque despues de la ceremonia fué atacada de convulsiones que duraron tres horas, y de una calentura casi incesante que la obligaron á guardar cama seis semanas; y como despues de este tiempo seguia sufriendo crueles ataques de nervios en los cuales llevaba la mano al corazon, queriendo arrancárselo con gesticulaciones delirantes y convulsivas, concluyeron los facultativos que el mal procedia de una extremada sensibilidad y de algun tormento que ella ocultaba en su corazon. Desde luego le fueron prohibidas casi todas las diversiones en que podia recibir alguna emocion, y muy particularmente la del vals, por haberse hallado casi á la muerte despues de uno que bailó en el matrimonio del príncipe.

Trascurrido un año, como se ha dicho, volvió á tener lugar el gran baile de San Silvestre, al cual concurria toda la corte; y M. Federico Ebersdorf y su esposa llegados hacia tres dias de San Petersburgo. Otilia, mas postrada que nunca, tuvo que quedarse en cama, donde la gran duquesa, antes de pasar á los salones, colmó de besos su preciosa frente aletargada por un sueño profundo.

Un armonioso y animado vals convidaba á las parejas mas brillantes de la corte; y M. Ebersdorf aguardaba impaciente que el gran duque acabase de demostrar el famoso plan de una cacería de conejos que proyectaba, para correr á buscar su pareja; cuando de repente se notó un movimiento general: la música se interrumpió, paró la danza, los hombres y mujeres se agrupaban, y en medio de esta confusion universal se vió aparecer una mujer vestida de blanco, que atravesando el salon se dirigió á M. Ebersdorf, y le dijo con un tono dulce y encantador:

— Federico, ven á valsar, esta vez valsaremos juntos.

— ¡Otilia!... fué lo único que pudo articular el conde,

retirándose como asombrado de ver un espectro delante de sí.

— ¡Por Dios! señor conde, dijo el médico de Su Alteza, que examinaba atentamente á la señorita de Wolkenstein, no la contrariéis, haced lo que ella quiera, porque si la despertais, podreis matarla; está dormida.

Federico se hallaba inmóvil; contemplando aquella fantasma que se le presentaba como un triste y amargo recuerdo de lo pasado: aquella soberbia criatura abatida por la desgracia, destruida por el sufrimiento: sus grandes ojos azules como aterrorizados sobre un objeto invisible, su frente real y majestuosa donde parecian extendidas las alas sombrías del ángel de la muerte, aquella orgullosa Otilia que blanca, pálida, inanimada como una bella estatua de mármol, venia en su sueño á visitar el campo de sus antiguas victorias; y al sentir el hielo de aquella mano que apretaba la suya, le parecia que todo era un sueño, una ilusion, una cosa demasiado horrible para ser verdad.

— Ven, Federico, repitió Otilia, ¿qué aguardas?

Ebersdorf la siguió maquinalmente, y el vals empezó. Ligera como el aire perfumado por las flores, vaporosa como una sombra escapada de las tumbas, Otilia volaba sobre el pavimento sin que nadie pudiese percibir el ruido de sus pasos.

Cesó el vals.

— Aquí hace mucho calor, vamos á tomar el aire, dijo ella, conduciendo á Federico al balcon principal, desde donde se veian los jardines del castillo.

La tierra reposaba bajo el manto virginal de la nieve al pálido resplandor de la fria luna de invierno, que matizaba de azuladas sombras aquella silenciosa magnificencia: todo callaba en el cielo y en la tierra, hasta el viento dormia sobre las ramas deshojadas de los árboles, sin que la naturaleza exhalase ni un solo suspiro para revelar su melancolía.

— ¡Qué profunda tranquilidad reina en estos sitios! dijo Otilia haciendo sentar á Ebersdorf á su lado: ¿ves, Federico, aquellos saucos solitarios al borde del estanque? ¿y oyes á Desdémona y Ofelia que lloran á su sombra? ¡Ah Federico, yo tambien he llorado, he llorado durante un año! ¡Yo tambien he sufrido! ¿Pero no era necesario sufrir para comprar la felicidad de que gozo en este momento? ¡Qué cosa tan sublime es la felicidad! En mi dolor, Federico, ¿lo creerás? yo maldije á Dios... y ahora soy dichosa. Dios ha entrado en mi alma como un torrente de hermosa luz. ¡Santa religion del amor, yo me prosterno delante de tí, y en tus aras oigo los celestes coros de las estrellas y veo las puertas de la vida eterna abiertas para mí!... ¡Federico, mi bien, pon tu mano sobre mi corazon, ¿sientes este corazon que estaba tan enfermo? él se lanzaba siempre hácia tí; pero tú estabas muy lejos! ¡Ahora... oh, ahora está tranquilo, porque ya estás á mi lado!

— ¡Miserable, insensato! exclamó el conde, olvidando en la violencia de su desesperacion las precauciones del doctor. ¡Todo se acabó; mi felicidad, mi porvenir, mi vida; perdidos, perdidos para siempre, todo sacrificado al infame orgullo!

— ¡El orgullo... repitió lentamente Otilia, por él he sufrido yo tanto; el orgullo... y despues los celos! Sí, Federico, los celos me devoraban, ¿por qué bailaste con ella? ¿No veias que desgarrabas mi corazon? ¿Y las rosas que tú me diste, dónde están? ¡Ah, me parece que respiro todavia su aliento perfumado! ¡Y aquel beso, Federico, negarte yo aquel beso! ¡Si tú supieras todo lo que yo sentia!... Dime, Federico, ¿amas tú á Enriqueta, respóndeme, la has amado alguna vez?

— Jamás, dijo el conde.

— Y á mí, ¿me has amado siempre?

— Mas que á mi vida, respondió él ocultando el rostro entre sus manos.

— ¡Qué porvenir de amor y de felicidad se abre ante nosotros! exclamó Otilia, sí, nosotros atravesaremos la vida apoyados uno sobre el otro... ¡Dios mio, cuán feliz soy ahora!

Y cesó de hablar, dejando caer su cabeza en el pecho del conde: sus labios se agitaban dulcemente, aunque ninguna expresion salia de su boca, y sus ojos aun abiertos parecian participar del anodamiento en que se hallaba su alma. Así permaneció hasta que se oyeron las primeras notas de un vals de Strauss: entonces levantándose de repente y tomando del brazo á M. Ebersdorf:

— ¿Lo oyes? exclamó; el mismo vals de ahora un año, *la Gabriela*, mi vals favorito: ¡Ven, lo bailarás conmigo... siempre conmigo!

Y se lanzó en medio del salon, valsando con una especie de furor, sin detenerse ni una sola vez, que parecia impelida por un torbellino.

— ¡Aprisa, gritaba, mas aprisa! sin que la música ni el mismo Federico pudieran ya seguirla en aquel vals desenfrenado, cuando sonó la primera campanada de las doce: entonces, extenuada, desfallecida, cayó en los brazos del conde y con voz agonizante gritó:

— ¡Aquel beso, Federico, aquel beso que yo te negué!... ¡Ah, tómallo, tómallo!

— ¡Otilia, vida mia, mi única amada! exclamó Federico fuera de sí, estrechándola contra su pecho y sellando sus labios con apasionados besos.

Un grito espantoso salió de la boca de Otilia, que se arrancó violentamente de los brazos del conde.

Y cayó á sus piés sin movimiento.

— ¿Qué habeis hecho, señor conde, gritó el gran duque, la habeis despertado?

— El peligro pasó, dijo el doctor, ya nadie la despertará.

L. T.

El gran premio

DE CIEN MIL FRANCOS EN LAS CARRERAS DE CABALLOS DE PARIS.

¡Victoria! exclamaron el domingo último los miles de espectadores que asistían a las carreras del bosque de Boulogne.

El espectáculo era hermoso, y muy legítima la alegría. Los tres primeros caballos eran franceses: la Inglaterra, la tierra clásica de las carreras, estaba vencida.

Con efecto, desde la institución del gran premio en 1863, los ingleses tres veces han sido los primeros.

Pero los franceses han podido celebrar ya cinco victorias.

Ajustemos cuentas.

La Inglaterra ha vencido a la Francia:

En 1863 con *The Ranger*;

En 1866 con *Ceylon*;

En 1868 con *The Earl*.

Pero los franceses han ganado estos cinco premios:

En 1864 con *Vermouth*;

En 1865 con *Gladiateur*;

En 1867 con *Fervaques*;

En 1869 con *Glaneur*;

En 1870 con *Sornette*.

Sornette era la favorita en 1870, y nadie dudaba del triunfo del hermoso animal cuya estampa ofrecemos a nuestros lectores.

Esta victoria coloca en primera línea a la caballeriza del mayor Fridolin, M. Carlos Laffitte, que este año se ha llevado el Derby francés con *Bigarreau*, y



Sornette, vencedor de la carrera del gran premio de Paris.

el gran premio de Paris con *Sornette*.

El dibujo de *Sornette*, que publicamos, está exactamente copiado de una fotografía. H. V.

Una ordenacion

EN LA IGLESIA DE SAN SULPICIO DE PARIS.

Vamos a señalar aquí en breves palabras una gran fiesta clerical, una ordenacion, que ha tenido efecto en la iglesia de San Sulpicio de Paris. Dos veces por año se recluta la milicia en esta austera ceremonia. Según la liturgia primitiva, el levita sube uno por uno los escalones de la escalera simbólica: *portero*, que vigila en el umbral del santo lugar; *exorcista*, que expulsa a los indignos; *lector*, que se alimenta con la palabra sagrada; *acólito*, que sigue de lejos el cumplimiento de los misterios; llega por fin a las órdenes mayores, y entonces los vasos del sacrificio pasan por sus manos purificadas; la mano del obispo unge para el combate sus manos, sus ojos y su lengua; tendido al pie del altar, oye las palabras que le separan para siempre del mundo, y se levanta para cantar el himno de la victoria, mas fuerte que el siglo, mas fuerte que la muerte...

Esta interesante ceremonia es la que representa nuestro dibujo. F. M.



PARIS. — Una ordenacion en la iglesia de San Sulpicio



Incendio en la selva de Fontainebleau. — Aspecto de la Garganta del Renard durante el siniestro.

J. B. Lamotte del.

Incendio en la selva de Fontainebleau.

El lunes 8 de junio se esparció la noticia de que se había declarado un incendio en la selva de Fontainebleau, que amenazaba destruirla en gran parte. El mal no era tan grande como se creyó en un principio, pues las llamas solo se extendían en uno de los sitios más pintorescos á la verdad, pero sin amenazar los lugares célebres por sus árboles seculares, el valle de la Solle ó el bajo Breau, donde la pérdida habría sido irreparable. Por una causa desconocida, el fuego empezó en el cantón de las gargantas de Apremont, en el punto llamado la garganta del Renard, que en otro tiempo se hallaba enteramente inculta, donde la administración forestal ha establecido hace algunos años varios plantales de pinos que no han producido malos resultados, á pesar de la aspereza del terreno.

El sitio en donde apareció el incendio, es casi inabordable, y se supone que la fermentación de las yerbas secas determinada por el extraordinario calor de estos días y la sequía persistente, habrán dado origen al incendio. Sea como quiera, los socorros no se hicieron esperar: de todas las cercanías acudieron los habitantes, guiados por el resplandor que iluminaba el cielo, y la colonia de pintores que habita Barbizon fué la primera en combatir al enemigo. Armados con ramas arrancadas de los árboles, los hombres pegaban fuertemente en el suelo abrasado allí donde aparecían las llamas, y las sofocaban con sus golpes... Sin embargo, el incendio ganaba terreno entre las rocas, y llegaba poco á poco á la cumbre de las dos colinas que forman la garganta del Renard; tal era la rapidez del fuego, que las llamas se contentaban con lamer los ramajes de los pinos sin inflamar el árbol, aunque sí destruyéndolo en él los principios de vida; todos están aun de pié, y sin embargo, todos están muertos, y solo por su color agostado se les puede distinguir de los que se han librado del desastre.

La colonia artística de Barbizon enviará probablemente á la Exposición próxima algun cuadro que represente tan conmovedor espectáculo. Entre tanto nuestro dibujo dará al lector una idea aproximada de lo que fué aquel terrible incendio.

P. B.

Revista de Paris.

La crónica de Paris ha entonado definitivamente esta semana su oración fúnebre. Los excesivos calores sin un día de lluvia, que convierten á esta capital en una ciudad de la zona tórrida, han puesto en dispersión á los parisienses más recalcitrantes, esto es, á los que esperan á la última hora para abandonar el boulevard de los Italianos y el bosque de Boulogne. Luego la marcha de la corte á Saint-Cloud ha venido á ser el golpe de gracia, y por consiguiente, hoy por hoy se puede asegurar que los que continúan dentro de Paris, no se pondrán en movimiento hasta las vacaciones universitarias. Los cronistas se desbandan pues, y no tardaremos en ver en los diarios las primeras crónicas parisienses fechadas en Baden, en Vichy, en Spa ó en los Pirineos.

Cualquiera diría que Paris se queda sin gente, y sobre todo sin sucesos propios de la crónica. Profundo error en verdad: así que principia la emigración parisiense, comienza la invasión forastera, siendo tan notable la desproporción numérica entre las dos corrientes en sentido inverso, que nunca está Paris tan poblado como en los meses de estío. ¡Qué espectáculo para un observador el de esas inmensas oleadas de gente heterogénea! Todas las nacionalidades conocidas tienen sus representantes, á veces verdaderamente dignos de la paleta de un pintor colorista. El viaje á Paris ha entrado de tal modo en las costumbres de la sociedad europea, que forma parte de la educación general, y los acontecimientos faustos de la vida sirven también de pretexto en la edad madura para emprender tan placentera excursión, cuando antes no ha tenido efecto.

Hé aquí pues por qué no debe dar entero crédito el lector, cuando se le dice que Paris está desierto durante el estío. Para todos aquellos que escriben crónicas especiales de los salones, y solo se dedican á describir las fiestas de la alta sociedad parisiense, no hay duda que la estación presente sería una época de completa vacación, si no tomaran el partido heroico de emigrar también con la sociedad á cuyo servicio se encuentran; pero por nuestra parte, nunca hemos comprendido así la crónica parisiense. Para nosotros, siempre hay sucesos que merecen figurar en estas páginas fugitivas de la vida contemporánea, en razón á que Paris, en todas las estaciones, es un mundo lleno de animación y de movimiento.

Más decimos: no creemos que la fiesta más espléndida en el salón más aristocrático de Paris, ofrezca más interés, para la inmensa mayoría de los lectores, que ciertas solemnidades de otro género, como por ejemplo, la que tuvo efecto el domingo último, una reunión de un carácter filantrópico tan elevado, que merecería se imitara en todas las naciones.

Hace ocho años se fundó en Paris una sociedad nacional

que se destina á fomentar el bien por medio de recompensas que distribuye anualmente. Sus miembros fundadores pertenecen á las clases más elevadas, y la institución se extiende de manera que cada día recibe adhesiones de las ciudades más importantes de los departamentos.

Su programa se reduce á lo siguiente:

Propagar entre las clases trabajadoras los principios religiosos y morales, el orden, la economía y la sobriedad.

Excitar el amor á la familia, auxiliar á los débiles, y recompensar á los que se hayan distinguido por alguna acción virtuosa, con medallas de honor, con dinero colocado en la caja de ahorros, diplomas honoríficos, etc.

También á los autores estimula especialmente esta sociedad para que escriban obras morales é instructivas con destino á los hijos del pueblo.

La reunión del último domingo tenía por objeto distribuir las recompensas del año actual.

M. E. de Beaumont, senador, miembro del Instituto, presidia la sesión, en la cual M. Honorato Arnoult, promotor y secretario de esta noble sociedad, leyó un informe del que vamos á extractar los párrafos siguientes que corresponden á otros tantos laureados.

Los esposos Charbonnier, en Caudekerque, departamento del Gironde.

El 25 de octubre último, un pobre trabajador, llamado Lachaise, cayó de un tejado á la calle, quedando en muy mal estado.

Los transeúntes le trasladaron á casa de un vecino tan pobre como él, llamado Charbonnier, que le asistió con el mayor esmero, le tuvo en su casa, y acabó por tratarle como á un hermano.

El herido murió.

Todo el mundo hizo el elogio de las buenas personas que le habían socorrido, y entonces se supo que la caridad era en ellos una virtud familiar.

Hace siete u ocho años murieron el hermano y la cuñada de Charbonnier, dejando cinco hijos; y Charbonnier, sin vacilar, adoptó á tres de aquellos huérfanos.

— Ahora serán cinco, dijo contando con los dos que él tenía.

Gracias á su trabajo y á la economía de su mujer, los pobres niños no pudieron notar que habían perdido á sus padres.

Los dos mayores se ganan ya la vida, y el más joven continúa aprendiendo un oficio.

Otro ejemplo:

María Toussaint, lavandera, en Montrouge (Paris).

María Toussaint cuenta hoy treinta y tres años, diez más que cuando llegó de una aldea del departamento de la Meurthe á Paris, para buscar trabajo de costurera en casa de una joven que, al parecer, era rica y dichosa.

Durante algunos años las cosas marcharon bien; pero luego el marido abandonó á la mujer, y esta enfermó, y vino á encontrarse en la cama y sin recursos.

María Toussaint, lejos de dejar la casa, se consagró á salvar la vida de su señora á fuerza de cuidados, y si no podía conseguirlo, á reemplazarla cerca de los tres hijos que tenía. Con efecto, no tardó en espirar la desdichada madre de familia.

No se desanimó María Toussaint: confió los niños á su abuelo y abuela; pero estos pobres ancianos necesitan ellos también que les ayuden.

Por la mañana antes de ir al trabajo, llega María para arreglar á los niños: ella los lava, los peina, los viste, los da de almorzar, y cuando todo está aseado y en orden la casa, se marcha á ganar el jornal empleando en ello diez ó doce horas.

Después de presidir la cena, emprende con los quehaceres de la casa, lo que la ocupa dos ó tres horas ya en las más altas de la noche.

Su tiempo de descanso es el más justo para no morir en la tarea.

¡Y esta existencia dura hace años!

Oigamos ahora la historia de un músico militar, que es toda una epopeya.

Cristian Federico Krauss, músico del regimiento N.º 33 de infantería de línea, nacido en Baviera y esposo de Eugenia Verdier, es el héroe de tan interesante episodio.

Un tal Dalmasso y su mujer eran cantineros de la legión extranjera en Africa, guarnición de Sidi-bel Abbés, cuando habiendo recibido la orden de marchar á Méjico, confiaron á una nodriza su hijo Augusto Domingo, nacido el 15 de mayo de 1862, pagaron un mes adelantado, enviaron cien francos, y aquí se acabaron las remesas: entrambos habían muerto.

La nodriza abandonó al niño.

Otro destacamento de la legión tuvo que marchar á Méjico, y en él se contaba un hombre de un corazón modelo, cuyo nombre merece conservarse, pues se ignora cuál ha podido ser su paradero: era Crossmann, que la Providencia interpuso en el camino de aquella criatura abandonada.

Habiendo reconocido al hijo de su compañero Dalmasso, Crossmann se hizo cargo de él, le llevó sobre su mochila desde Bel-Abbés á Orán, alimentándole como podía, mascándole galleta y pan, dándole de beber con su calabaza, todo esto en una marcha de diez y ocho leguas,

Llegado á Orán, Crossmann creía que podría colocar al pequeñuelo en alguna casa; pero no tuvo tiempo más que para embarcarse.

Así fué que se resignó á dejar en la tienda, en donde había pasado algunas horas, á su protegido, casi desnudo, tendido en un puñado de paja, envuelto en un pedazo de manta, confiando á la Providencia el cuidado de reemplazarle.

Algunas horas después, Cristian Krauss, que era entonces músico de los cazadores de Africa, se paseaba por aquel lado, y oyendo los lloros del niño entró en la tienda abandonada y halló á la criatura sola y en el estado que hemos dicho.

Conmovido profundamente á la vista de aquel cuadro, Krauss tomó en brazos al pobre niño y le llevó á su mujer, diciéndole con lágrimas en los ojos:

— Esposa mía, Dios que no nos ha dado hijos, nos ha hecho encontrar este: aquí le tienes.

— Dios ha hecho muy bien, respondió la esposa.

Y seguidamente prodigó á la criatura los primeros cuidados que su mísero estado reclamaba.

Cuando se licenciaron las bandas de música de la caballería, Krauss pasó al 33.º de línea de guarnición en Arras y allí reside ahora con su mujer y su hijo adoptivo.

¡Qué de privaciones le cuesta á Krauss hacer frente á las necesidades del pobre niño!

Pero ni él ni su esposa sienten los sacrificios, pues Augusto Dalmasso que cuenta siete años en el día, les quiere con entrañable amor y les profesa un agradecimiento sin límites.

Krauss se presentó en la reunión con su hijo adoptivo que viste ya el uniforme: no hay para qué decir si fueron aplaudidos.

Empero las recompensas de la Sociedad alcanzan á todas las clases: hé aquí, y será el último ejemplo, la historia de la medalla concedida á M. Paul Demidoff, por sus obras filantrópicas.

El conde Pablo Demidoff es un joven de treinta y un años que reside en San Petersburgo.

Nadie más conocido en Paris por su carácter simpático y por las limosnas que esparce con mano pródiga en las frecuentes visitas que hace á la capital de la Francia.

Durante largo tiempo ha habitado en Passy y su nombre es objeto de veneración entre todos los indigentes.

A su generosidad y á su amor á las clases pobres se debe la fundación del Obrador María, situado en la calle de los Ours, cuyo personal se compone de 120 obreras y 60 niños. Estas criaturas que tienen todas menos de ocho años, se hallan instaladas en una sala independiente bajo la dirección de dos maestras que les enseñan á leer y á escribir, mientras sus madres trabajan ó confeccionan ropas y otros artículos de costura.

El sueldo de los empleados, vigilantes, cajeros, contador, dependientes y cocineros, se eleva á un total de 24,000 francos.

Además del sueldo, las [personas del Obrador, obreras y empleados, así como los niños, tienen dos comidas, una á las once y otra á las seis, entrambas sanas y abundantes, pues el conde Demidoff vigila atentamente todo lo concerniente á su establecimiento.

Por estas dos comidas pagan al día un franco cada obrera y la mitad cada niño.

La caridad y la asociación obran prodigios.

M. Pablo Demidoff no tiene que dar al día más que 150 francos, fuera de los salarios, ó sea una suma de 50,000 francos anuales.

Las economías cotidianas que la administración consigue hacer sobre los mencionados 150 francos, se reúnen en una caja de socorros que administra una junta de diez obreras de la casa y preside una maestra.

El Obrador cuenta con médico y botica y que sea en el establecimiento ó fuera de él, las visitas del facultativo y los medicamentos son gratis para todo el personal.

Pero ¡ay! los ricos no menos que los pobres, tienen sus pesares. El conde Demidoff estaba casado hacia un año con la princesa Mestchersky, cuando la muerte le arrebató bruscamente tan idolatrada esposa.

Los únicos consuelos contra tan inmenso dolor, son las buenas obras, se dijo el conde, y entonces abrió el establecimiento filantrópico de que acabamos de ocuparnos.

Por eso se llama Obrador María, el nombre de la difunta, bajo cuya protección se ha fundado, y cuyo retrato figura en la sala principal.

El conde Demidoff es sobrino y heredero del príncipe del mismo nombre, que ha fallecido recientemente, dejando una fortuna considerable.

No hay duda que de aquí en adelante tendrán mucho más los pobres.

Por último, para concluir nuestras citas del Informe, diremos que la Sociedad premió también una obrera de un abogadro de Paris, que tiene por objeto enseñar á los niños de las escuelas los elementos de los códigos franceses.

Aunque como hemos dicho repetidas veces, la época del año que atravesamos es por demás estéril en punto á novedades teatrales, justo es que cuando alguna empresa tiene la osadía, que así puede llamarse, de estrenar una produc-

cion de cualquier género que sea, se le tenga en cuenta su esfuerzo, señalando ese acto de heroísmo, pues no es de escudación, á la atención de nuestros lectores.

En este caso se encuentra la del Ambigu con el drama nuevo en cinco actos y ocho cuadros titulado el *Passer du Louvre*, escrito por MM. Dornay y Leon Pournin, representado en la última semana.

Verdaderamente el drama en cuestion solo es presentable en el verano, esto es, cuando el público en su inmensa mayoría se dispensa muy legítimamente de encerrarse durante seis ó siete horas en una atmósfera calcinada, y cuando hasta la crítica se hace de rogar para llenar un deber que jamás descuida en el invierno, ó sea la temporada propicia para esta clase de distracciones.

Y decimos esto, porque los autores han tomado en la historia personajes conocidos hasta la saciedad, Catalina de Médicis, Carlos IX, etc., y han tenido la singular idea de desfilgar los acontecimientos históricos de su tiempo con una desenvoltura de que afortunadamente hay pocos ejemplos en la literatura dramática.

Citemos un ejemplo: la famosa matanza de la noche de San Bartolomé tuvo por causa los insultos que sufrió Carlos IX por parte de unos jóvenes protestantes, con otras intrigas no menos inéditas que por primera vez han tenido á bien descubrirnos los autores del drama.

En la Catalina de Médicis que aparece en el Ambigu no se nota tampoco ninguna semejanza con la que pinta la historia: es una especie de fiera que no habla sino para preparar crímenes, que no da una orden que no sea un mandato de muerte. Su amistad con el « passeur » del Louvre es una fábula insensata.

No haremos el análisis de un argumento semejante. Lo que sí diremos es que á esta falta de verdad histórica tan pronunciada, se añade en él una falta de intriga, de interés y de conocimiento del teatro, que no concebimos cómo el empresario del Ambigu se ha decidido á poner en escena una producción en la que con la mejor buena voluntad no acertamos á descubrir ninguna cualidad digna de elogio, y que por lo tanto pueda hacerla aceptable.

En los demás teatros que continúan abiertos no ha habido función ninguna esta semana sobre la cual sea interesante decir algo.

En la Grande Opera se dispone otra serie de representaciones de la *Africana* para el próximo mes de julio, y parece ser que se quiere dar á estas representaciones un brillo inusitado.

Massy cantará el papel de Vasco de Gama y María Sass el de Selika.

Entre tanto se repite el antiguo repertorio: los *Hugonotes*, *Guillermo Tell*, *Freyshutz*: se pierde la cuenta de los años que hace que no se canta en la Academia Imperial de Música una ópera nueva. Ya casi estamos por creer que no oiremos ninguna hasta la inauguración del nuevo teatro, lo que seguramente se hará esperar todavía mucho más de lo que desean los aficionados parisienses.

MARIANO URRABIETA.

El serrallo del bajá.

En los últimos días del mes de julio de 48... partí de Constantinopla para volver á Londres, en el paquete de vapor *Fernando I*, que subía por el Danubio. El vapor tiene para mí un atractivo inexplicable, desde que ví en los Estados Unidos, en el Ohio, una fonda en que todo, hasta el mismo huésped, era puesto en movimiento por este singular *motor rerum*, tan parecido al humo.

En el Estado de Ohio el vapor lleva los equipajes de los viajeros á los cuartos que se les han destinado, el vapor cepilla su ropa, lustra sus botas, limpia los cochinos y la vajilla, arregla los cuartos, sirve á la mesa, cuece los manjares, enciende la lumbre, llama para comer, parte la leña, etc., y hasta lleva los extranjeros á paseo.

El vapor desempeña aun otras funciones, reputadas pura y sencillamente humanas hasta ahora; pero esta materia nada tiene que ver con el objeto que me he propuesto.

Yo no exigía tanto del vapor el *Fernando I*: con tal que me llevase de Silistria á Vidin, ciudadelas inexpugnables de la Bulgaria, le eximia de todos los demás fenómenos que es capaz de producir en América.

Durante el viaje se nos agregó una señorita griega de Pera, la cual iba á Belgrado, y me informó de algunas particularidades tan curiosas acerca de la vida actual de las turcas francesadas, que una parte de la travesía la pasé sin casi advertirlo.

La señorita Lampugnani (pues tal es el nombre de mi compañera de viaje), la cual es miembro corresponsal de la sociedad de literatas de Bucarest, por haber publicado una traducción de las obras de lady Montague y de Jorge Sand, me divertía singularmente con su entusiasmo por Mahamud y sus reformas.

Para ver la Turquía acababa yo de aprovechar el mo-

mento en que todavía contiene turcos; habia visto la espirante grandeza de los Osmanlis, luchando por todos lados con las usurpaciones del autócrata: habia observado con dolor aquel miserable disfraz que ni es europeo ni oriental, aquel ridículo *fez*, aquel capote en forma de saco, y aquella infantería de línea, que un peloton de guardia nacional dejaria corrida en cuanto á táctica; solo me faltaba asistir á los funerales de las costumbres del serrallo, de aquellos usos encantadores que han producido las *Mil y una Noches*, pero que no producirán ya mas que ataques contra el matrimonio; y una griega, una hija de Helena y de Aspasia, era la que se encargaba de preparar mis clásicos recuerdos de aquel entierro.

No es mi intencion describir en este lugar el estado de degradacion en que se halla el imperio otomano: el tiempo sobrado corto de mi permanencia en la capital de los sultanes, me ha impedido coger los colores mas vivos de este cuadro, que á cada momento van aumentando su energía.

Pero lo que me ha sido fácil comprender, es que la inmensa poblacion cristiana del imperio turco, superior en número á la parte verdaderamente mahometana, la cual se halla dividida en muchas sectas rivales, y mira con ceño todas las demás religiones, solo aguarda el instante propicio para impulsar con su influencia sus riquezas y su fuerza material los proyectos de la Rusia sobre Constantinopla. ¡Cuán importante papel está reservado á las mujeres en aquella grande obra de la política! Del lado del Asia van minando lentamente el gobierno las razas árabes, que se aprovechan de la desmembracion progresiva para volver á aparecer con su superioridad y su independencia nativa. Allí no observé nada; muy poca cosa les tocará á las mujeres hacer en la próxima revolucion.

En el corazon del imperio, en las provincias europeas, allí en donde existe el radicalismo otomano, aquella raza de turcos viejos, allí es donde los ataques dados á las costumbres domésticas, á las tradiciones de familia, y sobre todo á los usos del serrallo, allí es donde aquellos ataques producen un descontento sombrío y febril.

Si el ruso no ha reemplazado todavía al turco en el trono de los Osmanlis, no debe buscarse la causa de esto ni en la fuerza de los tratados ni en el amor de los turcos, sino en la nacionalidad musulmana que forcegea debajo las reformas del sultan con una fuerza vital que retardará aun por largo tiempo su completa destruccion.

Los puritanos de que estamos hablando, verdadero *lado izquierdo ó derecho*, legitimistas obstinados ó austeros republicanos, como quiera considerárcles, de la oposicion finalmente, han conservado religiosamente su ancho turbante de cachemira ó de muselina, el traje talar, las incómodas babuchas, los chales en forma de aspa, en el cinto las pistolas con rastrillo de plata, y al lado el formidable *damasquino* con su puño guarnecido de pedrería.

Estos son los que pasan con orgullo la mano por una barba desmesurada, se embriagan con opio, duermen al sol, creen en el fatalismo y en la peste, y miran con una sonrisa que da miedo á los profesores de música, de baile y de esgrima que desde la mañana hasta la noche recorren las calles de Pera para ir á dar lecciones á los elegantes reformadores del imperio otomano.

Imposible les fuera á esos hombres convenir en que el serrallo es una quimera, el eunuco negro una superfetacion, y la pluralidad de mujeres un ultraje á la moral pública.

Todo esto me iba demostrando la señorita Lampugnani con una elocuencia digna de mejor causa.

Cuando dos mujeres se encuentran en un viaje, sobre todo si es en puntos distantes, quedan desde luego unidas con lazos mas estrechos que los hombres.

Una especie de conformidad en el modo de ver y juzgar, peculiar á nuestro sexo, la precision de asociarnos y favorecernos mutuamente á causa de muchísimas necesidades que se hacen mas íntimas y apremiadoras, lejos de nuestros hogares, y que nuestros enemigos son incapaces de comprender; el sentimiento de nuestra debilidad, que hace mas evidente una vida nómada y una mudanza costosa; aquella especie de comezon que sentimos por comunicar nuestras impresiones acerca de una infinidad de particularidades sociales que nunca echamos de ver en nuestra patria, y que llaman nuestra atención en otros pueblos, en fin, el espíritu de cuerpo, ó mejor de sexo, tan poderoso en las mujeres; todas estas razones hacen nacer prontamente entre nosotras una intimidad pasajera, si se quiere, pero bastante franca.

El amor no viene á oscurecerla con sombríos celos, y todas la rivalidades se borran delante del peligro común. Por todas estas razones fuimos bien pronto la señorita Lampugnani y yo tan amigas como cabe serlo á bordo de un vapor que navega por el Danubio, y acabamos declarándonos recíprocamente que ambas nos moriamos de ganas de ver un serrallo.

Mi compañera habia pasado seis años y yo seis semanas en Turquía, sin que una ni otra hubiésemos podido satisfacer tan legítimo deseo.

Madama Stael ha dicho en alguna parte: « Que en la disipacion manifestamos tanta exactitud como en las ocupaciones, y que perdemos el tiempo tan metódicamente como lo empleamos. »

Tal habia sido la vida que habíamos llevado, no solo á bordo despues de nuestra salida de Constantinopla, sino tambien durante nuestra permanencia en aquella ciudad; las dos habíamos olvidado aquello que mas debia interesar nuestra curiosidad ó nuestros sentimientos,

Esta semejanza fué seguramente el motivo menos poderoso de nuestra amistad.

Habia por otra parte entre los pasajeros un sugeto muy original que aumentó nuestro entusiasmo por las damas turcas; era este un médico judío, de la tribu de los Karaitas, que habia curado á Husein, bajá de Vidin, de un violento ataque de gota, y que volvia á ver al bajá porque habia caído enfermo nuevamente y reclamaba los auxilios de su singular médico. Los Karaitas llevan este nombre de la palabra *Kara*, que significa *escritura*, á causa de su adhesión á la letra de la Biblia; pues desprecian el Talmud y demás obras rabínicas.

El jefe de su tribu reside en Crimea, en la cumbre de un peñasco, cerca de Sebastopol, en un alcázar inaccesible. Expulsados de España en el siglo XII por los rabinistas, se hallan actualmente diseminados y en gran número en Turquía, la Siria, el Cáucaso, la India, el Egipto, la Rusia y el Austria, encontrándose tambien en las fronteras de Polonia y de la Lituania. En 1791 intentaron establecerse no lejos del Vístula, pero definitivamente se fijaron en Crimea.

En el Gran Cairo poseen una biblioteca, célebre por los manuscritos árabes, y una sinagoga, que se considera como la primera reunión judía de esta especie, despues de la destruccion de Jerusalem por Tito. Sus doctrinas recuerdan las de los Saduceos, de los cuales son probablemente una viva continuacion. Como carecen de impresores, sus manuscritos son tenidos entre ellos en mucho aprecio. Estos libros pasan por una copia inmediata de los escritos de Moisés, y cada uno de los miembros de la sinagoga del Cairo tiene obligacion de transcribir, á lo menos una vez en su vida un determinado número de páginas en beneficio de la biblioteca de la tribu.

Fácilmente se concibe cuán heteróclito y burlesco debia ser todo lo que dijo aquel hombre acerca de la educacion de las turcas. Díonos á entender que el bajá de Vidin era un musulman novador, célebre, no solo por el importante papel que habia hecho para emancipar el imperio de la media luna, sino tambien por la deplorable facilidad con que impele al bello sexo de su pais por la senda de una reforma social harto precoz.

Husein, bajá de Vidin, es realmente uno de los hombres que mas han contribuido al extraño espectáculo de que en la actualidad es teatro el imperio de Otman.

Ya es sabido que la oscuridad del nacimiento y lo humilde de la condicion constituyen en aquel singular gobierno, al contrario de lo que sucede en las otras naciones, el medio mas seguro de llegar á la fortuna; las violencias que de continuo comete el divan, elevan al favor del soberano á personas desconocidas con tanta mas rapidez, en cuanto aquellos atropellamientos van siempre á herir lo mas ilustre del pais.

Simple genizaro, Husein, habia ascendido á agá, cuando en el reinado de Selim, desgraciado predecesor de Mahamud, el amor fué á sacarlo de su cuartel para convertirle en un personaje de distincion. En el tierno Racine, los *atractivos* de Bayaceto sedujeron á Rojana; y los atractivos de Husein fueron tambien aquí los que avasallaron el corazon de la sultana favorita de Selim.

Al advenimiento de Mahamud, Husein, recomendado por las mujeres, fué elevado á la dignidad de gran visir.

Revolvia ya Mahamud en su imaginacion el atrevido proyecto de destruir á los pretorianos de Constantinopla; Husein se aprovechó de su nueva dignidad para convertir en utilidad propia aquella medida política, y se hizo el instrumento de ella.

No tardaron los genizaros en saber el golpe que les amagaba; así que, el 10 de junio de 1826, se reunieron tumultuosamente delante del palacio del sultan, pidiendo con gritos feroces la cabeza del gran visir y las de los cuatro principales miembros del divan; pero como Husein y Mahamud no se mostrasen dispuestos á complacerles, se retiraron en desorden al *At-Meidan*, ó hi pódro, y volcando sus marmitas, se declararon en insurreccion abierta contra el gobierno.

Es sabido que las *marmitas* (*Kazanes*) de los genizaros eran unos calderos de cobre en que estos soldados hacian cocer el arroz, y que tenian depositadas en una tienda particular, como los estandartes de los cuerpos.

(Se continuará.)

Exposicion de 1870

EN EL PALACIO DE LA INDUSTRIA.

Salomé, cuadro por M. Regnault.

Este cuadro es la gran sorpresa de la Exposicion: á decir verdad, mas que un cuadro, es una sinfonia de colores ejecutada por un diletante de una habilidad excepcional. La hija de Herodias está sentada, teniendo en sus rodillas el cuchillo que va á cortar la cabeza de san Juan Bautista, y la fuente en donde presentará el sangriento despojo á su tio Herodes Antipas.

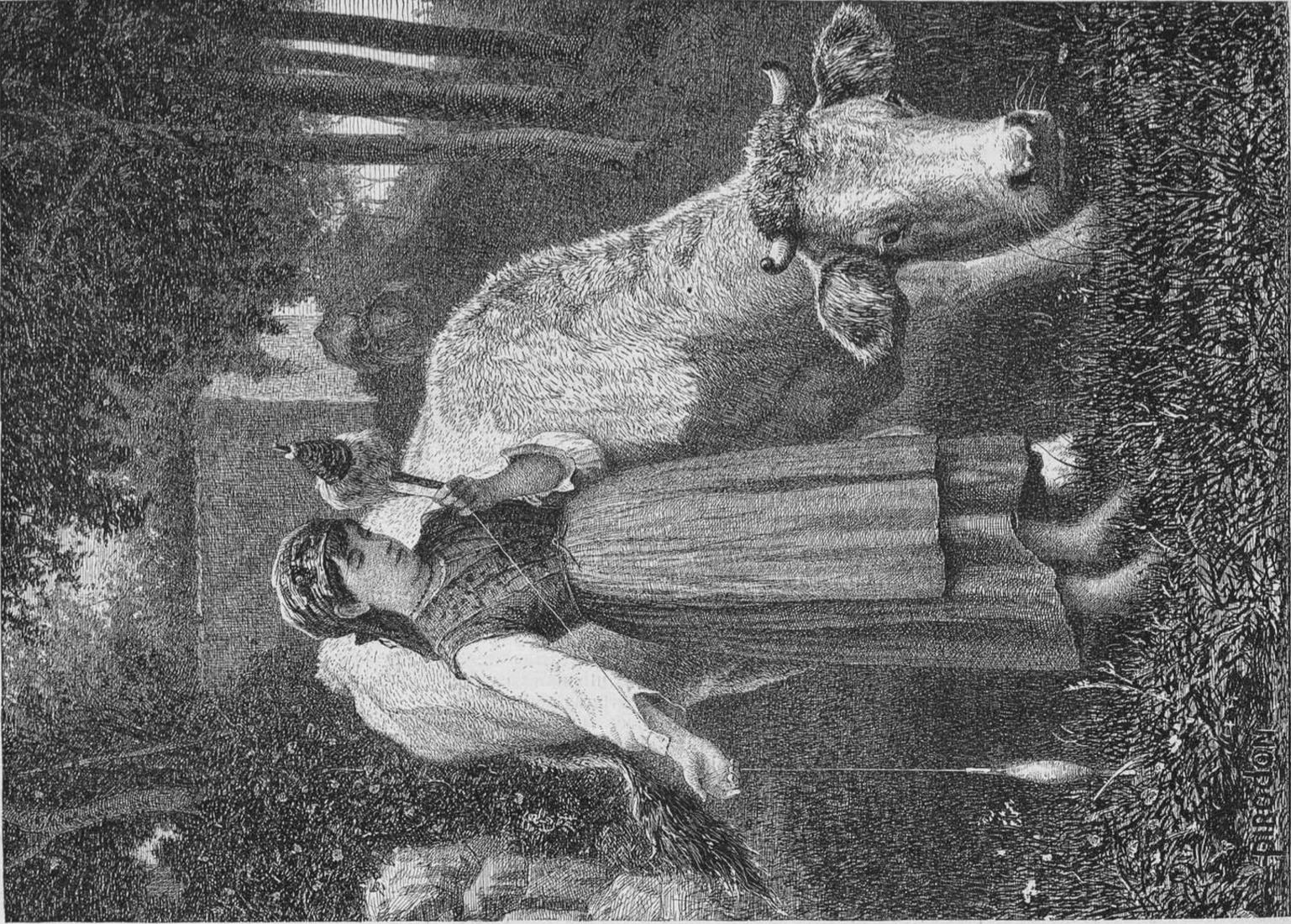
No nos ocuparemos mas del asunto que lo que se ha ocupado el artista: su *Salomé* es una figura de capricho. Vemos aquí una jóven cuyo tipo recuerda la raza gitana, vestida á la oriental, y rodeada de accesorios del mismo estilo. En el conjunto y en los detalles es una figura moderna, y los que quieran ver en ella una bailarina judía del tiempo de Herodes, pueden afirmar que ningun cambio ha habido en Oriente.

La cabellera negra como la tinta se destaca sobre una

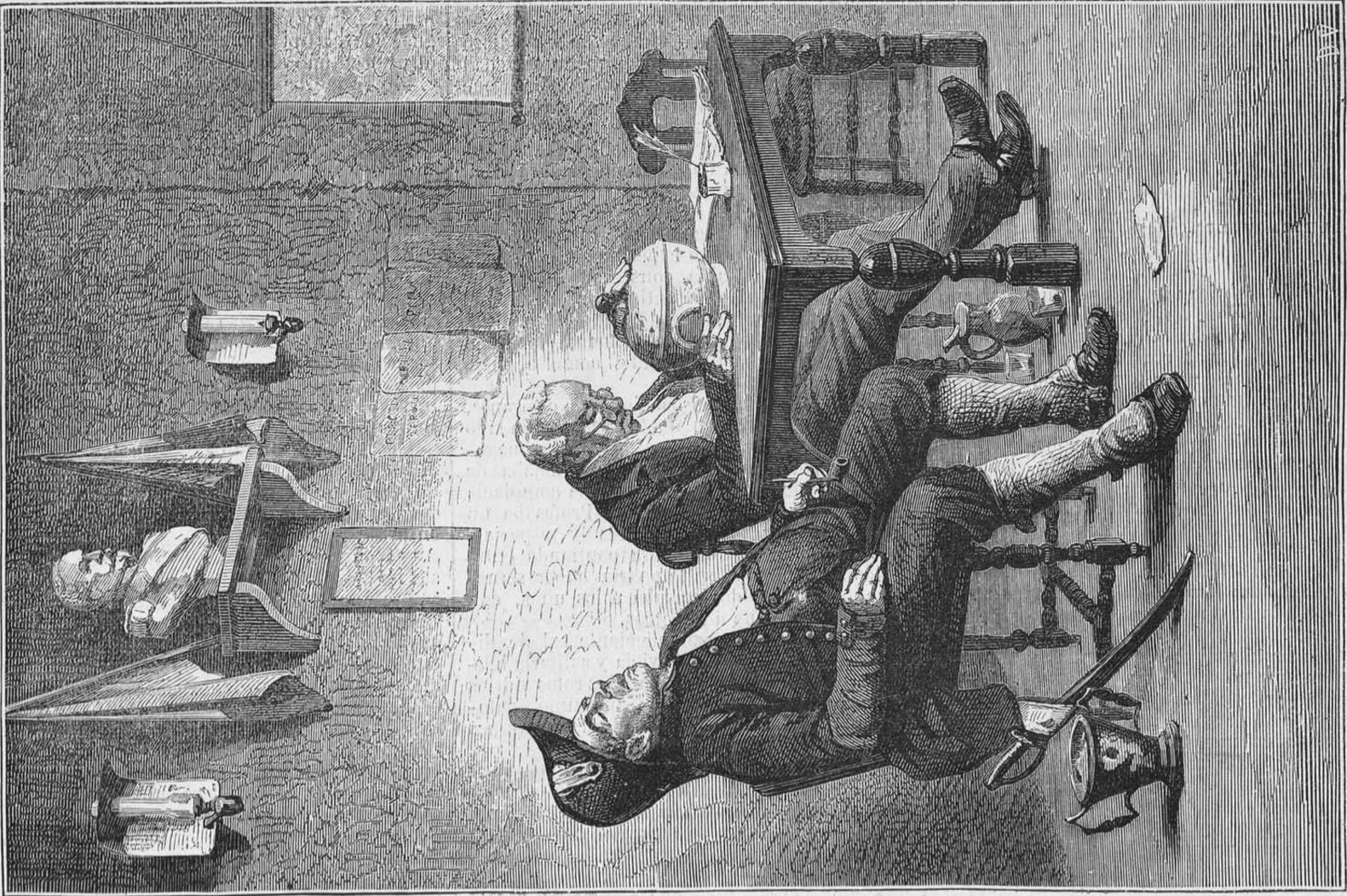
EXPOSICION DE 1870



Salomé, cuadro por M. Regnault.



Annunziata la hilandera, con su vaca, cuadro por M. Otto Weber.



Una seccion electoral, cuadro por M. J. Denneulin.

piel blanca como la nieve. A M. Regnault le importa muy poco la verdad; repudia osadamente todos los tonos que podrian perjudicar al desarrollo de su idea, que es ante todo una idea de colorista. Habia una gran dificultad en combinar esa blancura de las carnes con la tela de seda de un amarillo rabioso que les sirve de fondo, y no creemos que el pintor la haya vencido completamente: á despecho de su habilidad, el fondo atrae la vista y perjudica al modelado de las carnes. La falda bordada de oro es una maravilla de ejecucion, no menos que las babuchas y demás accesorios del cuadro. No nos cansaremos de repetir que M. Regnault domina su paleta; pero es de sentir que no se consagre á obras mas elevadas. Se admira mucho su *Salomé*; pero mas que admiracion, causa asombro.

Anunciata la hilanderá, con su vaca, cuadro por M. Otto Weber.

M. Otto Weber dedica grandes lienzos á la representacion de las escenas mas vulgares, al parecer, de la vida campestre; pero no se cree por esto obligado á afeitar sus modelos, como hacen otros artistas de su mismo género. Entre las vaqueras puede haber muchachas bien peinadas; el realismo no consiste en elegir las que desafian abiertamente las leyes del aseó.

Esta hilanderá constituye un bonito estudio de moza de los campos, representada sin lisonja, pero tambien sin exageracion en sentido contrario; el pintor nos la ofrece tal como es en su poética sencillez. Abi está cerca de su buena vaca en una dulce intimidad, que anuncia la benevolencia de su carácter recíproco: entrambas aceptan con resignacion el papel modesto que les ha correspondido en la tierra.

La ejecucion es notable: hay bonitos efectos de colorido, y el busto de la jóven se destaca en plena luz sobre los tonos claros del animal inundado de luz. El paisaje está descuidado con toda intencion, porque quiere el artista que la atencion se concentre en la muchacha y en la vaca.

Una seccion electoral, cuadro por M. J. Denneulin.

¡Bonito episodio de la vida política en Francia! Una aldea cualquiera, interrogada por su emperador, acaba de pronunciarse sobre las libertades públicas. ¿Aprueba ó no aprueba las reformas liberales introducidas en la Constitucion de 1832? No lo sabemos aun; y por eso nos conmueve el aspecto del cuadro. La escena tiene un carácter de grandeza indefinible.

Sea como quiera, los electores del lugar en cuestion han cumplido noblemente con sus deberes de ciudadanos; no ha habido abstenciones, si se juzga por el cansancio de los dos honorables funcionarios que guardan la urna. Esta urna no es otra cosa que la sopera del señor alcalde, una magnífica sopera de porcelana, que su dueño cubre con mano leal, puesto que en ella están depositadas las voluntades de sus conciudadanos. Tambien es notable la figura del guarda campestre, abrumado con el trabajo... pasado. A. DE L.

Escenas de la vida inglesa.

EL OBRERO.

I.

LA IGLESIA VIEJA.

Hillsborough y sus arrabales fabrican ladrillos á millares, hilan la lana, tejen el algodón, forjan el hierro y el acero, desde la aguja mas delgada hasta el acorazado revestimiento de un navío de guerra, y contribuyen de un modo considerable á la riqueza de la Gran Bretaña.

Pero una industria tan vasta, funcionando por el vapor en un espacio bastante reducido, ha perjudicado singularmente á la belleza del paisaje; y aunque construido en uno de los lugares mas encantadores de Inglaterra, tal vez sea Hillsborough, el pueblo mas horrible del mundo. Formado de baches y lomas, no se presenta á la mirada una fila de hermosas tiendas bien alineadas, en ninguno de sus asquerosos barrios, ni tampoco en ninguna de sus calles tortuosas.

Se diria que los edificios se han dado batalla en las regiones aéreas, y han quedado fijos allí donde la casualidad las lanzó en la refriega.

No es esto solo; la ciudad está cuajada de tabernas y erizada de altas chimeneas, que no se limitan á una localidad, sino que se elevan por todas partes como clavos de especia en una naranja, provocando los reglamentos de policia y lanzando espesas columnas de negro humo que permanece suspendido en los aires á semejanza de un crespon fúnebre y vela el azul del cielo, aun en los dias mas brillantes. Cuando la niebla se une á este estado de cosas habitual, el aire espeso de Hillsborough puede, literalmente, cortarse con un cuchillo.

Multitud de arroyos corren transparentes y puros por la llanura y vienen á regar la ciudad, pero bien pronto se arrastran cargados de inmundicias y pestilentes miasmas que engendran peligrosas enfermedades y pueblan los cementerios.

Esta ciudad infernal, cuyas aguas son tan fangosas,

cuya atmósfera es tan espesa, está situada, sin embargo, en uno de los sitios mas bellos de la comarca. De todos lados cuestras majestuosas, magníficos valles bañados por límpidos rios y circundados de verdes bosques; al Este, las colinas se trasforman en montañas, en cuyo centro sobresale la cima del Cairnhope, que surcan argentados riachuelos, y todo resplandece con tintes violados á la hora del crepúsculo vespertino.

El Cairnhope es una montaña en forma de horquilla, tapizada hasta la mitad por purpúreos brezos, y de escarpada cumbre. En la época en que comienza esta historia se veía entre los dos dientes de la montaña, una curiosidad que merece ser descrita por ella misma, como tambien por ser el teatro de algunos de los incidentes de esta historia.

Era una iglesia abandonada. Sus muros estaban horadados por numerosas saeteras á través de las cuales habian lanzado mas de un dardo mortal los primeros neófitos, en defensa de sus familias y de sus ganados, reunidos precipitadamente en el sagrado edificio á la llegada de los merodeadores.

Construida en el centro de estas colinas guarnecidas de brezos, en una época de desórdenes civiles y religiosos, esta iglesia habia sobrevivido á su destino. Sus fieles habian descendido, largo tiempo hacia, á la fértil llanura, donde habian edificado otra iglesia, dejando esta antigua casa del Señor tan solitaria y silenciosa como las tumbas de sus antepasados que la rodeaban.

No era todavía una ruina, pero ya uno de sus muros laterales estaba mas bajo que el otro; el techo, de doble entablamento, estaba cubierto de un líquen amarillento, y la falta de algunas tejas que habian sido arrancadas, dejaba entrever algunas de las cabriales ennegrecidas por el tiempo. Sin embargo, la estructura era todavía sólida; las tejas habian permanecido al pié del muro donde cayeron; ni un ladrillo, ni una viga, ni una sola lápida habia sido levantada, ni aun para servir á la construccion de la nueva iglesia; las ventanas conservaban una buena mitad de sus pequeños vidrios sujetos por un marco de plomo; las pilas bautismales estaban en sus antiguos puestos con sus coberteras góticas ricamente cinceladas, y en el coro se encontraban cuatro tablillas tumulares en cobre dorado, de las cuales una solamente estaba desprendida.

La misma causa que habia hecho abandonar la iglesia la habia preservado de toda profanacion: estaba situada en un lugar muy retirado. Los gitanos y los vagabundos no se paraban nunca para dormir en ella, y los mismos muchachos de la vecindad se mantenian á una distancia respetuosa. Nada, ciertamente, les hubiera procurado mas placer que destrozarse las viejas ventanas, respetadas por el tiempo, y profanar las tumbas de sus mayores jugando al marro y al hoyuelo, pero la iglesia distaba tres millas del lugar; era preciso pasar delante de la casa del squire Raby, y cada vez que lo habian intentado, el squire y su groom, montados en ágiles caballos, se habian puesto en su seguimiento hasta el cementerio, donde los habian favorecido con una buena reprimenda; además aquella noche misma una órden de desalojar habia sido comunicada á sus padres, todos arrendatarios semanales de M. Raby, de lo que habia resultado un compromiso para estos, y una segunda correccion corporal para los pequeños profanadores.

Una vez ó dos, cada estío, un enemigo mas insidioso se acercaba bajo la forma de alguna pequeña sociedad de viajeros, entre los cuales un pintor de aguadas, que nunca concluía nada. Habian oido hablar de la vieja iglesia, y trepaban las alturas que conducian á ella; pero el fiel groom de M. Raby no tardaba en unirles bajo el pretexto de servirles de cicerone, y en realidad para relatarles abominables cuentos, é impedirles de demoler, de robar ó tallar las viejas piedras.

Todo esto era bastante singular en sí mismo, pero los que conocian á M. Raby no experimentaban admiracion alguna. Su padre habia conservado religiosamente durante toda su vida la antigua iglesia donde habia querido ser enterrado; y en cuanto á su hijo, Guy Raby, ¿cómo no la habria respetado, siendo él mismo, una ruina sin fecha del pasado, como el viejo edificio?

Noble, criado en el seno del jacobitismo espirante, y mecido por el orgullo de su noble raza, habia sido educado en Oxford. Letrado, conocedor de los negocios del condado y de los comerciales, no dejaba de estar hinchado de ideas aristocráticas, y se complacia en las preocupaciones mas anticuadas. Profesaba un profundo desprecio por los mercaderes y especialmente por los fabricantes. Cualquiera contienda entre los amos y los trabajadores, se le podria haber sometido, porque abominaba y despreciaba á los unos, con la misma imparcialidad que á los otros.

Los últimos rayos de un resplandeciente sol de diciembre doraban aun el techo de la vieja y solitaria iglesia cubierta de musgo, y brillaban sobre los rotos vidrios de sus ventanas, cuando un jóven se aproximó, galopando sobre uno de esos vigorosos caballos tan comunes en este distrito.

Avanzaba con tanta rapidez, que veinte minutos despues de la puesta solar, el caballero y su caballo jadeante, ganaban una tortuosa garganta situada á un cuarto de milla de la iglesia. El camino que habian seguido hasta entonces para atravesar los páramos, formaba allí un brusco recodo en direccion al lugar de Cairnhope, y el caballo tuvo que abrirse un pasaje á través de los brezos, un pantano y enormes pedruscos. El animal bajó la cabeza y vaciló mas de una vez; pero la brida flotaba sobre su cuello y el caballero lo dejaba en completa libertad de sus movimientos;

además sus propias trazas lo guiaban en algunos parajes, puesto que no era su primera visita, y salió tan bien del paso, que llegó sano y salvo á un riachuelo que corria del lado Norte del cementerio; atravesó con precaucion este riachuelo, luego el caballero recobró las riendas y clavando espuelas, lo lanzó hacia una parte del muro del circuito, en donde se distinguia, á la luz de la luna, una brecha bastante ancha. El inteligente animal la salvó de un bote rápido y el jinete se encontró en el sagrado recinto, sin haber sido visto por nadie, porque el camino que habia traído era invisible para Raby-house, como asimismo la iglesia.

El jinete era de color atezado; su traje de paño de Escocia, sencillo, pero elegante; sombrero de última moda, y sea por olvido, sea por costumbre, sus manos carecian de guantes. Echó pié á tierra, sacó de su bolsillo una llave colosal, con la que abrió la puerta de la iglesia, y dió una palmada sobre la grupa de su caballo. El animal entró en seguida en la iglesia, donde sus pisadas resonaron de una manera extraña, tan luego franqueó el suelo de ladrillos y se dirigió bajo la sonora bóveda, con direccion al altar, porque cerca de allí estaba el armario del vestuario, y en este armario la avena que tan bien habia ganado.

El jóven penetró tambien en la iglesia, pero salió nuevamente despues de un corto momento, llevando en la mano un cubo de cuero. Dió la vuelta al ángulo del viejo edificio y permaneció ocupado activamente por un tiempo considerable.

Volvió, en fin, bajo el pórtico, entró el cubo en la iglesia y cerró la puerta, dejando la llave en la cerradura, por la parte interior.

Aquella misma noche, un pastor llamado Abel Eaves, fué conducido por su perro en busca de una oveja descarriada, á un lugar raramente hollado por la planta del hombre ó de los animales; en direccion del pico de Cairnhope. Cuando entró en su casa, la palidez y la turbacion se descubrieron en su semblante, y sin pronunciar una palabra se sentó cerca del fuego.

— ¿Qué es lo que tienes, esposo mio? le preguntó su consorte Janete. ¿Qué significan los gemidos de tu perro?

— ¡Lo que tenemos Pincher y yo, me preguntas, mujer! ¡lo que tenemos, es que hemos visto algo extraordinario!

— ¿Y qué es? dijo la mujer, bajando súbitamente la voz.

— La vieja iglesia de Cairnhope, ardiendo interiormente.

— ¡Justo cielo! ¡que el señor nos ampare! murmuró Janete.

— El fuego iba y venia como si el mismo diablo lo impulsara con su aliento; tan pronto las ventanas aparecian enrojecidas débilmente, tan pronto brillaban con una fuerza tal, que esperaba por momentos verlo todo presa de las llamas. ¡Ah! cien años hace que no han tenido dolores de cabeza los que han encendido este fuego.

Abel permaneció un instante en silencio; luego replicó con un tono grave:

— Mujer, puedes preparar mi mortaja; pero no compres la tela en casa de Bess Crummies; es una mala lengua, que ha tratado de introducir la disension entre nosotros el ultimo dia de San Pedro.

— ¡Tu mortaja! exclamó Mrs. Eaves, seriamente alarmada. ¿Pero qué nos importa la vieja iglesia de Cairnhope? ¿No has nacido acaso en otra parroquia?

— ¡Es verdad! dijo Abel dándose una palmada en el muslo; y tambien en otro condado, si vamos á eso.

Y su fisonomía se desarrugó, tomando su aspecto acostumbrado.

— Respecto á mi, dijo Janete, soy de Cairnhope, es cierto, pero mi madre vino de Morpeth, siendo ya viuda, y reposa bien lejos de aquí. Nadie hay de mi familia que esté enterrado en el cementerio de Cairnhope, de modo que este aviso no es por tí, ni por mí, ni siquiera por nuestro Yack. Es para el squire Raby, está seguro. Su padre está allí enterrado, como igualmente toda su familia. Ponte al momento tu sombrero, mientras yo tomo mi capucho, y vamos inmediatamente á Raby-hall á contar lo que ocurre al squire.

Abel, poco dispuesto á este servicio, hizo presente que el hogar doméstico tenia atracciones particulares para un hombre que acababa de ver fuegos diabólicos á través los muros de una vieja iglesia, frecuentada por almas en pena.

— No importa, le respondió Janete; esta clase de avisos no debe tratarse á la ligera. Es preciso ir á ver al squire ó no cerraré los ojos en toda la noche.

Viendo que no habia otro remedio, Abel se decidió á seguir á su mujer, sacando fuerzas de flaqueza, y partieron dándose la mano y mirando con frecuencia á su alrededor con marcadas pruebas de miedo.

Llegados á Rabi-hall solicitaron hablar á M. Raby. Despues de algunas dificultades, fueron admitidos á su presencia y lo encontraron solo, tan solo, al menos como podian juzgar al pronto; pero tan luego entraron, con el espíritu turbado por supersticiosas ideas, el aspecto de la habitacion les pareció en relacion con esta aparente soledad. Una mesa resplandecia cargada de vajilla de oro y plata, y varios cubiertos estaban puestos como para invisibles convidados. El mismo squire estaba en traje de ceremonia, y sobre su pecho brillaban las insignias de dos órdenes conferidas á sus abuelos por los pretendientes Jacobo III y su hijo Carlos Eduardo. Aparte de esto, su aspecto nada tenia de temible, retenido como estaba en su sillón por un ataque de gota, y

saboreando el viejo néctar á quien la debia; el oportuno. Sin embargo, sus blancos cabellos, sus cerdosas y espesas cejas y sus negros ojos contribuyeron, en union de la riqueza de su traje y los otros indicios de la presencia de huéspedes invisibles, á hacer desear á la mujer y al marido encontrarse á cien leguas de allí.

Contaron, á pesar de todo, su historia, pero con temblorosa voz y acento suplicante, á fin de no llamar inútilmente, la atencion de los huéspedes del otro mundo, que creian se encontraban en la habitacion.

Los escuchó M. Raby con imperturbable gravedad, los contempló un momento silenciosamente, y les dijo luego con una voz que tenia algo de sepulcral:

— En igual día, hace siglo y medio aproximadamente, sir Ricardo Raby fué decapitado por haber permanecido fiel á su rey.

— ¡Bondad divina! ¡Pobre señor, y ahora aparece! murmuró Janete.

— Y, continuó el squire con altanería, sin parecer haber escuchado esta reflexion, se dice que esta misma noche, los que han muerto católicos en la familia Raby, oyen una misa mayor en la iglesia, y que las damas pasean al rededor del cementerio por tres veces consecutivas; las dos primeras veces con los velos bajos, la tercera con el rostro descubierto, y sus grandes ojos brillando como estrellas.

— ¡Ah! dijo Abel presa de un temblor convulsivo, maldita la curiosidad que tendria de ver á esas hechiceras... quiero decir, á sus Señorías, á quienes pido perdon.

— Ni yo tampoco, añadió Janete mas muerta que viva.

— A fe mia, replicó el squire, que no tendrais ocasion de felicitaros, porque la primera mirada de sus ojos muertos y fosforescentes hieren de sordera á toda persona de la clase inferior; la segunda las ataca de ceguera, y la tercera las deja muertas en el sitio. Hé aquí todo lo que sé, y os aconsejo por lo tanto, no aproximarnos nunca á la iglesia de Cairnhope durante la noche.

— ¡Yo, señor! dijo la sencilla Janete.

— Ni vosotros ni vuestros hijos.

— ¡Dios nos libre! pero señor, nosotros lo habíamos tomado como un aviso del cielo.

— ¿Un aviso para quién?

— Pues... señor... El anciano squire reposa allá abajo y muchos otros de vuestra familia, de modo que Abel ha temido... Pero vos podeis juzgar mejor... porque nosotros no somos sabios. Lo que sí hay de cierto, es que la vieja iglesia ardia por alguna cosa.

— ¡Ah! ¿soy yo, á quien veniais á advertir? dijo M. Raby.

Y su labio inferior se contrajo desdeñosamente.

— Señor, dijo Janete con una voz todavía mas tímida, nosotros pensábamos que era nuestro deber venir á decirlo que pasaba.

— Buena mujer, dijo el squire, yo moriré cuando llegue mi hora, y no me precipitaré ni por todos los nobles del paraíso, ni por todos los villanos de la tierra.

Y llevando á sus labios con una mano su vaso, los despidió ejecutando con la otra un gesto soberbio.

Pero despues de su partida, quedó sepultado en profundas reflexiones.

II.

UN MAL CASAMIENTO.

En el antiguo comedor construido de madera de roble donde habia tenido lugar la conversacion precedente se veia una serie completa de retratos de familia. Uno de ellos era el de una encantadora jóven de rostro ovalado, aceitunada tez y grandes ojos negros, dulces y aterciopelados. Era la joya de la coleccion, pero contribuia poco á alegrar la vista del espectador, porque, vuelto el rostro contra la pared, no presentaba á las miradas, mas que el revés de la tela y una inscripcion, cuyo sentido no era evidentemente muy adulatorio.

Esta belleza que volvia las espaldas á la creacion, era Edith Raby, hermana de Guy Raby el squire.

Mientras que vivió su padre, Edith Raby habia sido mimada y árbitra de sus antojos. Hillsborough, odioso al hermano, tenia naturalmente simpatías y atractivos para la hermana. Acudia, pues, con frecuencia á la ciudad para hacer compras y hablar con sus amigas, llegando, algunas veces, á permanecer en ella uno ó dos dias, y con particular predileccion en casa de una señora Maulon, mujer de un rico fabricante.

Guy se contentó con burlarse de ella, de sus amigas y de sus gustos tan frívolos como incomprensibles, hasta que descubrió que Edith habia contraído una fuerte inclinacion á un llamado M. James Little, gran asentista de edificaciones. Muy indignado al pronto, para dar curso á su cólera, se redujo á palidecer de rabia, y el pobre corazon de Edith se oprimió dolorosamente bajo el peso de la tática mirada de su hermano.

Sin embargo, la oposicion de Guy no se manifestó mas que por una fuerte aversion por M. Little, hasta la muerte de su padre. Entonces, aunque tan solo avanzaba un año á su hermana, interpuso su autoridad como jefe de la familia, y prohibió este casamiento, diciendo de paso á Edith, que en vista de los sucesos ocurridos, no se opondria á su matrimonio con el doctor Amboyne, jóven médico de gran talento, perteneciente á una buena familia, que la amaba sinceramente

y que en toda forma se lo habia probado aun antes de que se tratase de M. Little.

Edith trató de convencer á su hermano, pero la resolucion de Guy era inmutable. Raby-hall, decia, no será nunca la dependencia de una cantería; antes de esto, legaria la mansion á mi primo Ricardo, al que, entre nosotros detestaba, y que no designaba mas que por el nombre de « Dick el disoluto » estuviese presente ó ausente.

Edith tuvo momentos de indecible amargura que sufrir, esperándolo todo del tiempo. Pero M. Little, que hasta entonces habia callado pacientemente, acabó por cansarse, y no tardó en reprochar á Edith su falta de cariño, dudando tuviese por él una afeccion verdadera.

La jóven, de una naturaleza tierna y afectuosa, no podia resolverse á renunciar ni á su hermano ni á su prometido. Los amaba á entrambos con un vivo cariño que le hubiera sido fácil conciliar con sus deberes si estos no se hubieran opuesto.

Todo se terminó como es costumbre en casos parecidos; Edith entró en su mayor edad, se casó con James Little y partió en su union.

A su vuelta, y cuando estuvo establecida en Hillsborough, su hermano, que desde luego no habia asistido á las bodas, le mandó su groom, con una fria y ceremoniosa carta, en la cual le recordaba que su padre la habia dejado mil novecientas libras, reversibles sobre sus hijos si los tenia: que él en union de M. Graham, como depositario de esta suma, la habian colocado, siguiendo las cláusulas de la donacion, en primera hipoteca sobre bienes raíces. Terminaba informándola que los intereses de seis meses á cuatro y medio por ciento, le pertenecian; que su deber era remitirlos en propias manos, y que por lo tanto la suplicaba admitiese el bono adjunto á su carta y firmase el recibo que le unia.

El recibo volvió firmado, y con el recibo algunas afectuosas líneas de Edith, manifestando la esperanza de que su hermano la perdonaria con el tiempo, y le devolveria lo que estimaba mucho mas que el oro: la tierna afeccion de un hermano único y querido.

La lectura de estas líneas enterneció á Guy y se dijo para sí mismo, en tanto que las lágrimas humedecian sus mejillas:

— Una verdadera lady hasta la extremidad de las uñas, y sin embargo, ha tomado por esposo un albañil.

Peró las tendencias de la sangre derrotaron las preocupaciones del orgullo; los hermanos fueron de nuevo amigos, á pesar de que se veian poco, no encontrándose mas que á Hillsborough, siempre antipático á Guy que no entraba nunca en la ciudad sin llevar con él los que llamaba « sus antidotos: » una Biblia y un frasco de agua de olor. Se entretenia en leer la una y hacer con la otra continuas aspersiones, tan luego ponía el pié en el centro de las fábricas y de la negruzca humareda.

Cuando el hijo de Edith cumplió nueve años, y era ya admirado por su aplicacion al estudio y su habilidad en construir arzones de cañas y almohadillas para las señoras, la fortuna de M. Little recibió un rudo golpe, producido por su propia culpa. Se lanzó en aventuras especulaciones edificando casas de campo, se encontró en la imposibilidad de satisfacer sus compromisos, incurrió en una multa y se encontró luego propietario nominal de un desierto de ladrillos, pero en la resbaladiza pendiente de la ruina, pues carecia de dinero contante.

Antes de pedir á su esposa un préstamo de sus mil novecientas libras, intentó todos los medios que estaban á su alcance; pero no habiendo dado ninguno de ellos resultados satisfactorios, tuvo que recurrir al préstamo.

La garantía que presentaba era una hipoteca sobre una docena de casas que no tenian mas que las cuatro paredes.

Mrs. Little escribió inmediatamente á su hermano reclamándole el dinero que le pertenecia.

Peró M. Raby, en vez de remitir sin pérdida de tiempo la suma pedida, sometió el negocio á su abogado que descubrió ser la garantía excelente por el dicho de Little, una segunda hipoteca, y que los intereses de la primera no habian sido pagados, y así lo dijo á Guy, que respondió tranquilamente:

— No esperaba otra cosa. ¿Conoce acaso el artesano los principios del honor en cuestion de oro?... Este sacrificaría su mujer y su hijo.

Y se negó á la peticion de su hermana con estas dos palabras: « Garantía insuficiente. »

M. Little encontró otra, al parecer muy segura, y comprimió tanto á su mujer, que esta escribió de nuevo á Guy, rogándole viniese á entenderse con ellos.

M. Raby fué á verlos aquel mismo dia, llevando en su bolsillo el testamento de su padre.

Le propuso Edith la garantía en cuestion y se esforzó en comunicarle parte de su propia confianza; pero Guy la leyó entonces el testamento de su padre, que legaba dicha suma á condicion de colocarla en consolidados ó en títulos hipotecarios.

— Mediante estas cláusulas, añadió despues de la lectura, sois propietaria de este capital, y tan vituperable es por vuestra parte el querer eludirlas, como seria reprehensible por la mia el daros auxilio en tal negocio. Además el interés de vuestro hijo está en juego y me he comprometido por mi honor á no arriesgar su modesta fortuna; cual prueba, mirad mi firma autorizando este empeño.

— ¡Mi hijo! exclamó Edith, cuando sea mayor, me arrojaré á sus plantas abrazando sus rodillas y le diré:

« Hijo mio, yo he tomado en préstamo el dinero que os pertenecia, para salvar el honor de vuestro padre. » Y mi hijo arrojará sus dos brazos á mi cuello y me perdonará.

— ¡Qué simpleza! exclamó Guy. ¿Y qué harán vuestras hijas, si las teneis? ¿Y los abogados de sus maridos? ¿Pensais que arrojarán tambien sus brazos á vuestro cuello, abandonándose á un acceso de lirismo? No; he tomado mis informes. Los negocios de vuestro marido son desesperados y no quiero que vuestro pequeño haber se pierda en su caída. Llegará un momento en que me dareis gracias entrambos, por haber visto mas claro que vosotros y por haber salvado estas mil novecientas libras; tanto por vosotros mismos como por vuestros descendientes.

James Little, que se agitaba convulsivamente sobre su silla hacia algunos instantes, exclamó de pronto con furioso acento:

— Edith, espero que no os rebajareis mas delante de vuestro hermano. Me ha aborrecido siempre, dejadlo, pues, libre de consumir mi deshonra y mi ruina. Señor Raby, tened la bondad de salir de mi casa.

— ¡Oh, no, James! dijo Edith temblorosa y consternada por la afrenta que acababa de recibir su hermano.

Peró Guy se levantó con altanería y dijo desdeñosamente:

— He notado este rasgo característico en todos los artesanos. Son obsequiosos con un gentleman mientras esperan sacar algun provecho; pero tan luego como se convencen de que no pueden ser tan finos como él, lo insultan.

Y salió.

— ¡Dios mio! pobre James, ¿cómo habeis podido olvidaros de vos mismo hasta ese punto? dijo Edith.

— Perdonadme, respondió tranquilamente M. Little. Todo ha concluido: era nuestro único puerto de salvacion.

Guy bajó la calle, picado en su amor propio. Fué derecho á ver á su abogado y tomó las medidas necesarias para tomar prestadas mil novecientas libras sobre su propia fortuna.

— Porque, decia el squire, quiero probar á los dos cuán incapaz es un villano de apreciar á un gentleman. No aventuraré el capital del hijo de mi hermana, pero le daré parte del mio para que se hunda en el naufragio de su marido, ¡que confunda el cielo! ¿Por qué se ha casado con él?

Concluido este asunto, Guy se apresuró á volver á la casa de su hermana.

En el intervalo M. James Little, siguiendo su costumbre, habia subido á su gabinete á fin de vestirse para la comida; pero permaneció tanto tiempo en él, que Mrs. Little mandó su camarera para advertirle que la comida estaba pronta.

Apenas habia llegado la muchacha á la primera plataforma de la escalera, dió un grito desgarrador que resonó en toda la casa.

Mrs. Little subió algunos escalones precipitadamente y la encontró agarrada con fuerza á la barandilla y mirando el suelo con azorados ojos. El candelero se le habia escapado de las manos; pero la lámpara del vestíbulo revelaba claramente el motivo de su pavor. Un mar de sangre, humeante todavía, corria lentamente por la antesala, pasando por debajo la cerrada puerta de la alcoba.

Se precipitaron en la habitacion, y la infortunada Edith, sostenida por sus criadas anegadas en lágrimas, encontró á su marido tendido en el suelo, muerto de su propia mano.

Pasaré en silencio los accesos de desesperacion de la pobre mujer y sus vanos esfuerzos para volver á la vida á aquel hombre tambien desgraciado, que habia sido su amante, su esposo, el padre de su hijo.

La fresca herida por donde se habia escapado aquella vida tan preciosa, estuvo siempre ante su vista, durante toda su existencia.

La arrancaron de la fúnebre cámara para conducirla á otra, y el doctor Amboyne, llamado con premura, hizo por ella todo lo que pudo, es decir, nada.

Edith parecia estar sumida en un profundo estupor. Peró cuando Guy entró radiante de satisfaccion para decir á su hermana que se habia procurado el dinero necesario, se representó una escena terrible. La desdichada viuda lanzó un grito de desesperacion á su vista y se desmayó.

Sus criadas se acercaron solícitas á su alrededor, y sin dejar de prodigarla los cuidados necesarios, descubrieron á Guy misteriosamente la horrorosa verdad.

M. Raby se levantó á impulsos del terror. Ansiaba llegase el momento de poder dirigir algunas palabras de consuelo á su hermana. En aquel momento, su casa, su corazon, todo cuanto poseia lo hubiera puesto á su disposicion.

Peró tan luego como recobró el conocimiento y vió de nuevo á Guy, exclamó:

— ¡Oh! ¡qué vista! ¡qué vista!

Y cayó de nuevo desmayada.

Las doncellas lo hicieron salir de la habitacion, y él se alejó vacilante y con el corazon oprimido.

Se encerró en Raby-house, abandonado á sus penas, y á una viva afliccion. Encargó á su abogado pusiera á la disposicion de Mrs. Little todos los fondos de que pudiese necesitar. Peró estos servicios fueron rehusados cortésmente por M. José Little, hermano del difunto, que habia venido de Birmingham para conducir los funerales de James y arreglar sus negocios.

(Se continuará.)

Mi casa de campo y mi arquitecto, por Nadar.



Tendré casa propia.



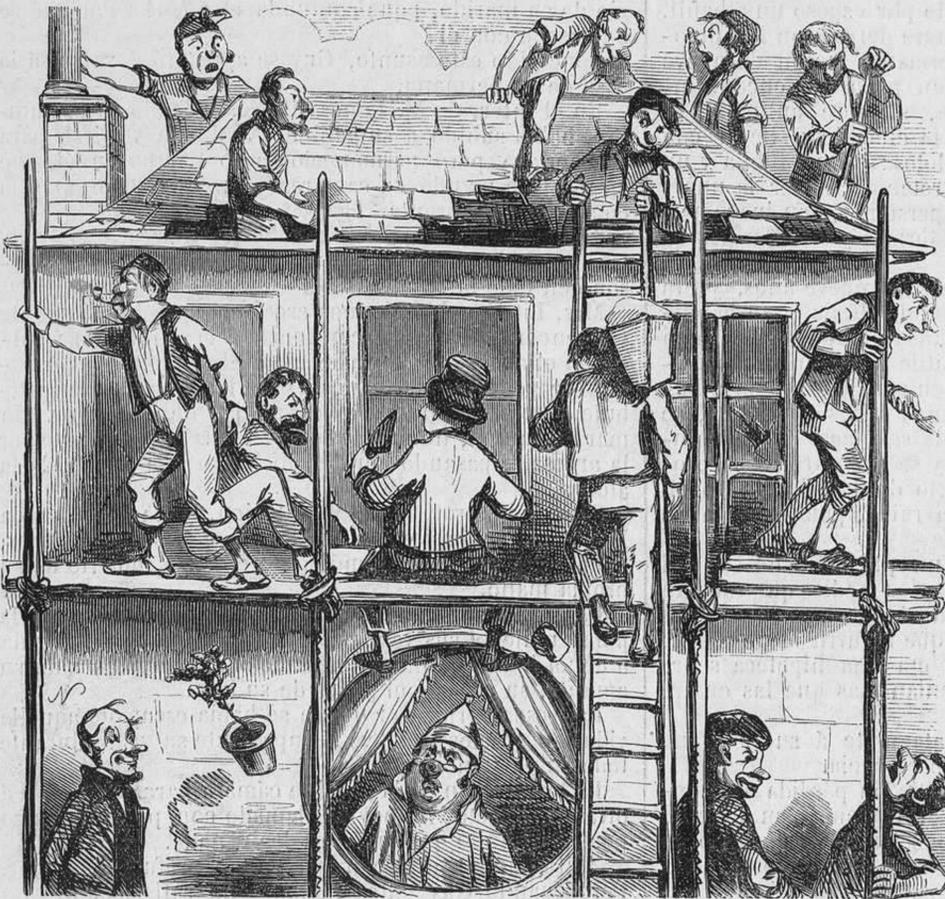
En Vincennes. — Se vende esta casa.



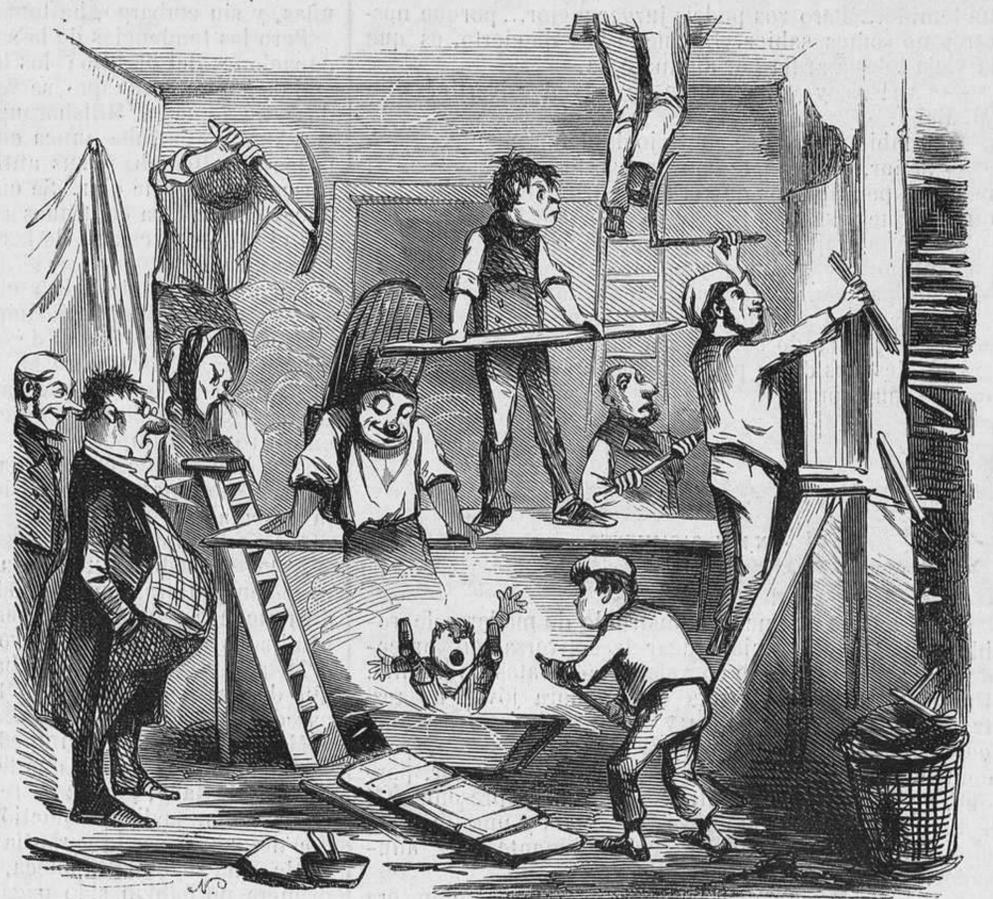
Mi arquitecto.



Los jornaleros de mi arquitecto.



La obra. — Por fuera.



Por dentro.



Sospechan que asalto mi propia casa.



Conclusion de la obra.



Otra ceremonia.



La cuenta.



¡Una pared que estaba blanca como la nieve!



La aurora. — ¡Maldito gallo



Despues de puesto el sol.



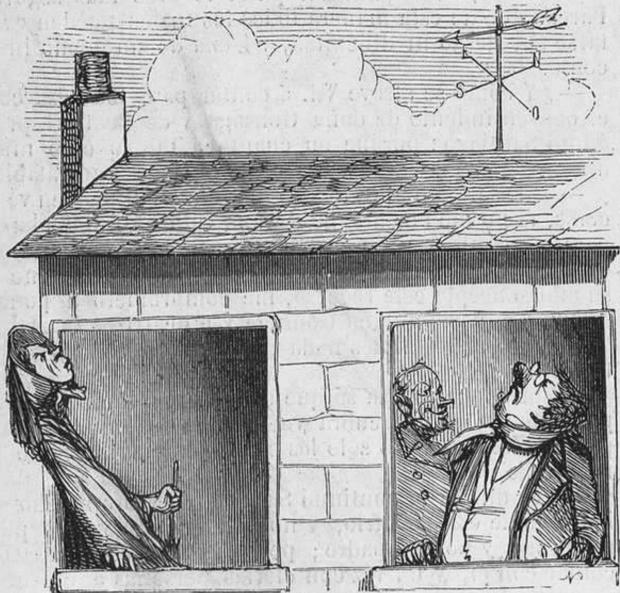
El árbol de mi jardín. — Antes.



Durante las obras.



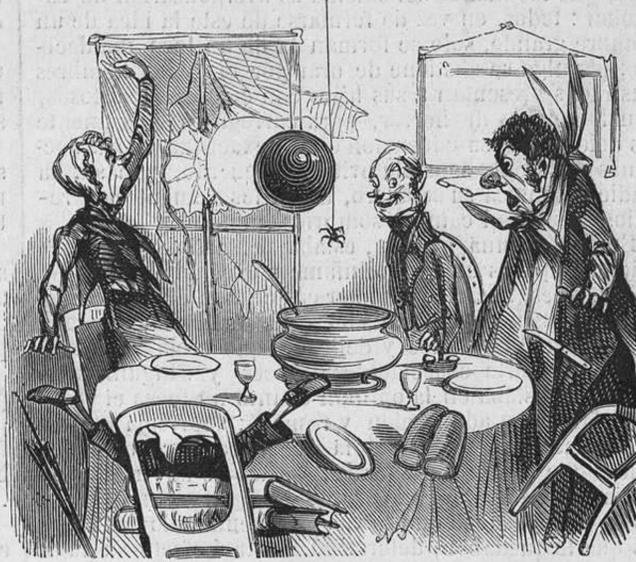
Despues de las obras.



Veleta bien colocada para los vecinos.



Al comer la sopa.



Una bala de cañón contra la araña. — La casa está cerca de la escuela de tiro.



Y cerca de una fábrica.



Por fortuna no falta el agua.



Vendo la casa y me vuelvo á Paris. — ¡Diablo de arquitecto!

El Doctor Témis

NOVELA ORIGINAL ESCRITA POR EL MALOGRADO

JÓVEN GRANADINO

DOCTOR JOSÉ MARIA ANGEL GAITAN.

(Continuación.)

Mas para conceder este auxilio, ella exigía una indemnización muy fácil, que únicamente consistía en la inmediata devolución de la Cisne; pues jamás podría, si no precedía tal restitución, proteger al padre de quien se la había arrebatado tan atrevidamente.

Monterilla concluía su carta haciendo una pintura negra y patética de los males que la negativa debía ocasionar dejando á don Adolfo sufrir el enjuiciamiento, y sobre todo terminar en el cadalso su vida deshonrada.

Emilio leyó la carta para sí solo, y la guardó sin pronunciar una palabra, resolviendo únicamente incluirla á la Cisne en otra que pensaba escribirle esa misma noche, para no excusar tal recurso en favor de su padre.

Desde que Emilio se vió abandonado del doctor Témis, resolvió ausentarse para siempre, cansado de soportar que la persona mas cara para su corazón, estuviese viéndolo de continuo, y tal vez considerándolo como un infame.

Tenia señalada para su marcha esa misma noche, convencido de que ya nada podía hacer en favor de su padre, y de que su permanencia en la ciudad, sin ser útil para nadie, era funesta para él y acaso desagradable á Adelaida.

Bajo este pensamiento ocultaba otro mas fúnebre que trataba de esconder á sus propios ojos y que, sin embargo, le era el mas consolador. Este consistía en ausentarse de toda sociedad, para poner fin á sus dias donde nadie tuviera noticia de su atentado.

En otras partes, decia para sí, el que se suicida parece ejecutar un hecho que tiene cierta gloria, y quizá mucha grandeza.

Pero aquí no es lo mismo: el que se mata arroja sobre su nombre algo que lo hace horroroso; todos hablan despues de su tragedia, no como del esfuerzo inaudito del valor, ó del resultado lamentable de una delicadeza sublime en que se precipita la honra huyendo del baldon, sino antes bien se expresan con un acento compasivo, que los manes del suicida se avergonzarian de escuchar: todos, en vez de formarse de este la idea de un hombre grande, solo se forman la de un loco maldecido: el vulgo se abstiene de orar por él, y los hombres ilustrados presentan á sus hijos con colores espantosos, aquel ejemplo de horror, para corregirles eficazmente los defectos de su educacion ó la inexactitud de sus doctrinas: la gente sensible evita su recuerdo, y hasta la tradicion coloca su sepulcro, no en los cementerios religiosos, sino en campos sombríos, ingratos y fatales.

Emilio, en una palabra, estaba persuadido de que el suicidio aquí es un hecho infame y execrado.

Era, pues, necesario cometer ese crimen á escondidas, porque juzgando por sí mismo y por Adelaida, suponía á la sociedad tan dulce y delicada, que creía una falta odiosa ofrecerle espectáculos feroces y sanguinarios; porque detestaba en la opinion cuanto no fuese el vuelo de la fama con admiración y respeto: aborrecía las dos celebridades del ridiculo y la deshonra, para amar las únicas que lo son verdaderamente, las de la virtud y la gloria.

Esa noche, luego que se vió solo, reuniendo las fuerzas que le quedaban, determinó llevar á efecto su fuga tomando el camino del Sur, como el que le pareció mas seguro para eludir el alcance de los que lo siguiesen.

A las doce de la noche se levantó, pues, y se puso á pasear por el cuarto, de modo que no lo sintiesen. Lloraba entonces; y era Adelaida quien lo obligaba á semejante debilidad, de que no se avergonzaba, pues nadie lo veía: lloraba porque él mismo se inspiraba piedad al verse condenado á salir como fugitivo, de aquella casa en que habia sido tan feliz, á la que no volvería y donde se quedaba el objeto de su amor que con tanta bondad y eficacia lo habia consolado en otras penas, é intentado dulcificarle las actuales.

Salía huyendo de un amigo que lo habia traicionado, y de un padre que mas bárbaro que sus crueles enemigos, lo habia traicionado tambien y condenándolo á una muerte desastrosa, precedida de dias espantosos, afrentas humillantes y caros sacrificios.

— ¡Adelaida! exclamaba: tu amante huye de tí que eres la única que no lo abandonaste, y acaso será la única tambien que sentirá su ausencia. ¡Con cuánta claridad ven la razon en el dia del desengaño! Los nombres que el alma veneraba y queria pierden el acento dulce que les daba nuestra propia voz al salir de un pecho agradecido: la traicion los marchita, dejándolos reducidos á un eco amargo y confuso... ¡Mi padre! ¡Cuánto este nombre fué grande para mí, que al pronunciarlo me parecia que articulaba con tono melodioso y firme, el nombre natural de mi propio corazón! Hoy lo articulo como el nombre de la muerte... Sí: el hombre no ama ni puede amar ni aborrecer, sino los

hechos y las cosas que se los recuerdan. ¡Padre!... ¡Amigos!... Estos nombres no son de amor sino cuando denotan la accion tierna, generosa y buena de quien los lleva: son el título del odio cuando sirven para llamar al ingrato, al traidor ó al criminal. No hay mas vínculos que la accion que nos demuestra el cariño... ¡Adelaida! Yo amaba tu corazón generoso, porque es mas generoso que el mio, que apenas es el corazón de un hombre, quizá como el de aquel que se llamó mi amigo, pues puedo abandonarte, y no palpita como tal vez palpitaría el tuyo al pronunciar un adiós para siempre... Mas, Adelaida, si mi corazón no palpita ahora, no es porque dejo de amarte, sino porque sabe bien que va á librarte de un peso fastidioso... de la estéril tarea de consolar: porque va á huir de tu lado un ser que te avergonzaba y con cuya ausencia debe despejarse tu alma, como se despeja un templo al extraer de su nave sacrosanta el cadáver que recibiendo en ella sus últimos honores, la cubria de fúnebre aparato. No volverás á verme, Adelaida; y mañana esta habitacion no parecerá una tumba que tenias que visitar: sus puertas se abrirán, la luz entrará porque ya Emilio ha salido... ¡Adiós, Adelaida!... Me atrevo á decirte adiós, porque no puedes oírme... ¡Ah! Solo la infamia me obliga á abandonararte...

Antes de salir quiso quemar todas las cartas que le quedaban de su padre, ya que Adelaida misma habia quemado la última.

Esto le dió valor para llevar á efecto el pensamiento de borrar el retrato, lo que, sin embargo, le costó mas pesares y mas lágrimas; pero nada queria llevarse, y por tanto no habia otro destino que dar á aquella prenda.

Quemó igualmente el cabo del puñal que la Cisne habia traído de la caverna de Monterilla; y destruyólo así, para evitar que viesen una cifra que podia obrar como presuncion vehemente contra su padre.

Todo lo quemó, guardando solo la cinta de Adelaida para llevársela, porque no pudo deshacerse de ella absolutamente.

Mas al destruir aquellas señales del crimen, se contristaba pensando que Adelaida al dia siguiente habia de ver los despojos de una accion vana, que le parecería la prueba de que hay cierta rehabilitacion que no puede hallarla en una ceniza confusa, quien sabe bien la materia infame que ha producido.

Nada, pues, le quedaba ya á Emilio de su padre, sino lo que el fuego no podia aniquilar: de nada le servia, por cierto, destruir aquellos objetos, si tenia que cargar con la infamia y abandonar á Adelaida.

Por último, sacando la carta que ese dia le habia enviado Monterilla ofreciéndose como defensor de don Adolfo y exigiendo por recompensa la entrega de la Cisne á la Daifa, la dobló, resuelto á no escribir á aquella jóven para pedirle un sacrificio tan costoso, y á no evitar tampoco enteramente el paso de indicarlo en favor de su padre.

Así fué que se contentó con poner á la misma carta un sobrescrito para la Cisne, y dejársela encima de la mesa, á fin de que hallándola allí al siguiente dia, ella sola resolviese lo que quisiera.

Concluido esto, y cuando Emilio se disponia á salir, se vió obligado á detenerse, al oír á alguna distancia la música de una guitarra y algunas voces que cantaban tristemente.

Esto le representó con cruel vivacidad la historia de sus males, adherida fuertemente en su memoria á las armonías que sonaban á lo lejos: sus recuerdos parecían ofrecérsele al tiempo de partir, como si intentasen acompañarlo para siempre.

Tal incidente le arrancó nuevas lágrimas, contemplando que en aquellos momentos en que él iba á emprender enfermo y desgraciado un viaje clandestino y funesto, al que todos sus males venían á llevarlo, no habia ni un solo amigo que lo consolara.

Esa tarde habia recibido Santiago carta de Veratrina, en que le avisaba que doña Gonzaga, muy molesta por la larga visita del oratorio, le habia prohibido volver á recibir en su casa á sus parientes y amigos. Pero que siéndole urgente hablar con él otra vez acerca de un asunto de grave importancia que le habia ocurrido, lo citaba para un jardincito cuya puerta quedaba abajo del porton principal de la casa.

Al recibir Santiago este billete, no pudo prescindir del gozo que le causaba la esperanza de volver tan pronto á verse con Veratrina en un sitio tan bello, en medio de tanta soledad y con tan interesante misterio.

Para las dos de la mañana era la cita; mas Santiago salió de su casa desde antes de la media noche, á fin de entretener su agitacion andando por las calles mas próximas á la casa de doña Gonzaga, hasta que llegase el momento señalado para verse con Veratrina. Mas bien pronto alcanzó á oír que en la esquina de aquella calle sonaban la música y canciones de que se habló antes.

Don Félix, que como se ha dicho, amaba á Beatriz, habia querido esa noche, y segun acostumbraba, tocar la guitarra bajo las ventanas de su querida, y cantarle algunas canciones tiernas de las que él mismo sabia componer al efecto.

Anselmo y don Sandalio andaban tambien por la calle, el primero porque así lo tenia de costumbre, y don Sandalio porque trataba de divertir los insomnios que Baciliza le causaba en esos dias. Fácilmente se habian juntado todos, y Santiago se les reunió, no por estar en sociedad con ellos, sino resuelto á hacerles despejar el sitio, para que no le frustrasen su cita anhelada.

El medio mas fácil que le ocurrió para ello, fué el de

convidarlos á dar una serenata á Baciliza, en lo que convinieron inmediatamente, poniéndose en camino, aunque con suma lentitud, por ir entonando sus melancólicas endechas. Santiago los dejó bien pronto y se dirigió á la puertecita del jardin donde debia aguardar á Veratrina.

Y aunque no era todavía la hora señalada, no tuvo que esperar si no un momento, al cabo del cual la puertecita se abrió por la misma mano de aquella dama, que tambien habia estado por su parte muy impaciente mientras los cantores andaban por ese lado.

Santiago aquella noche ya no veía en Veratrina sino una amante, ni en él mismo otra cosa, segun su última determinacion, que un galán decidido y afectuoso; en cuya virtud empezó tratándola con la mayor ternura, á la que ella correspondia manifestando el sentimentalismo mas teatral.

Algun tiempo se les pasó en hablar de sus afectos, hasta que ella, suspirando con mas ternura que antes, le dijo:

— No hablemos ahora de nosotros mismos que somos felices, por lo menos yo, en cuanto me es posible serlo cuando otros padecen. Hoy he sabido que un amigo suyo, á quien no conozco y cuyo nombre ignoro, es muy desgraciado, lo amenazan pesares horribles y lo han abandonado. Yo querria unirme con Vd. en la empresa virtuosa de salvarlo, ó por lo menos de cooperar á su consuelo.

— ¡Qué! exclamó Santiago: ¿Usted tambien lo sabe?

— No sé mas de lo que he dicho. Pero acaso no me faltarán recursos para contribuir á ese servicio y de algun modo auxiliar á un desgraciado, que aun cuando me es desconocido, bástame saber que es amigo de usted para interesarme por su suerte y desear ahorrarle graves sufrimientos, ó por lo menos retardárselos, si no pueden del todo evitarse.

— Explíquese Vd. mas, hermosa Veratrina, le dijo Santiago con interés y dulzura.

— Veá Vd., continuó ella. Me han dicho que un criminal, persona de distincion, tiene un hijo muy honrado que va inevitablemente á perderse para siempre si su padre cae, como se cree seguro, en manos de la justicia, y se hacen públicos sus delitos. En esta casa hay un sitio donde he calculado que ese criminal puede ocultarse con plena seguridad. Es una alacena, á la que se pueden quitar los anaqueles, con lo cual se descubre una puerta secreta que le sirve de respaldo y conduce á un cuarto pequeño, donde cualquiera, cerrando la puerta y armando la alacena, puede estar oculto con seguridad de que nunca lo encontrarán. El padre de su amigo se esconderá, pues, aquí, mientras lo olvida la justicia: su hijo con precaucion puede, si lo desea, venir á visitarlo cómodamente, hasta cuando llegue el caso de que aquel con seguridad deba salir y ausentarse á uno de los estados vecinos, ó irse para Europa si lo cree mas seguro. Parece que de esta manera todos los males pueden evitarse sin riesgo ni dificultad, y hasta de un modo inocente.

— ¿Y cómo se atreve Vd. á contar para todo eso con el consentimiento de doña Gonzaga y de Beatriz? preguntó Santiago: porque en cuanto á mí, lo creo muy difícil, pues á la verdad, esa gente me parece intratable.

— Tales dificultades, respondió Veratrina, pueden vencerse, si no me engaño, con gran facilidad, fundándome para esa confianza, en el modo como llegaron á mi noticia estas circunstancias. Así es que si Vd. conviene y su amigo acepta este recurso, me comprometo á poner de nuestra parte á doña Gonzaga y á Beatriz.

— Pero sin revelarles nada sobre las personas, Veratrina.

— Por supuesto: ya sé que ese es un secreto; y mal puede temerse lo descubra yo, cuando lo ignoro completamente, sabiendo solo las circunstancias de un modo muy vago.

— Por mi parte, continuó Santiago, celebro mucho el hallazgo de este arbitrio, y no dudó sea aceptado por mi amigo y por su padre; pero siempre es necesario contar con él, y tal vez con ciertas personas á quienes no gusto de dirigirme...

— Sí, interrumpió Veratrina, todo eso lo supongo; pero los consentimientos en este caso deben darse, en mi concepto, por expresados, no obstante el deber de solicitarlos.

— ¿Aun el de doña Gonzaga lo supone Vd.? volvió á preguntar Santiago con desconfianza.

— Ese es seguro, contestó Veratrina. Veá Vd.; voy á referirle todo, para que se convenza mejor: quien me ha hablado sobre este asunto ha sido precisamente el capellan, que vino poco despues que salió Vd.: él es quien se interesa por esos desgraciados, aunque tampoco contra un inocente la aprehension de ese reo: en una palabra, él es quien me ha suplicado procure que doña Gonzaga le franquee ese cuarto secreto, para esconder á su protegido, queriendo que yo les hable primero, con el objeto de evitar le opongán el recelo de que yo sepa la ocultacion; mas no he querido hacer nada sin contar con usted.

— ¡Ah! Veratrina, exclamó Santiago tomándole la mano. ¡Qué bondad la suya!

— ¿Pero qué resolvemos? dijo Veratrina. El tiempo urge mucho, y tal vez hay todavía que vencer quizá algunos caprichos, y quién sabe cuántos obstáculos difíciles.

— Yo que sé bien como van estas cosas, dijo Santiago, casi me atrevo á decir que por ahora lo mas seguro es esconder al padre de mi amigo. Mañana en este mismo sitio, á esta misma hora, hablaremos otra vez con mas

acuerdo, si Vd., bella Veratrina, me concede este favor.
— Es bien difícil, Santiago; mas si Vd. lo quiere absolutamente... trataré de complacerlo.
— Si lo quiero, dijo Santiago.
— Bien, pues. Mas le recuerdo que es preciso se retire para que no vayan á sorprendernos.
— Pero... ¿la carta?
— Mañana la recibirá Vd. precisamente.

Veratrina y Santiago se separaron, yéndose este muy contento, no solo por la agradable entrevista que acababa de tener, sino tambien por la importante noticia que debia llevar á Emilio acerca de la salvacion de su padre. Así fué que se retiró tan agitado, que al salir del jardincito apenas hizo alto en que alguno pasaba por la calle á caballo muy aprisa. Era Emilio, á quien Santiago no pudo conocer por la oscuridad de la noche y por lo lejos que estaba de pensar que este amigo pudiera salir á tales horas.

XI.

LAS DECLARACIONES.

Santiago madrugó mucho al dia siguiente, con el objeto de ir donde Emilio muy temprano á comunicarle que su padre podia ocultarse con seguridad en casa de doña Gonzaga. Con todo, no se atrevió á presentarse inmediatamente donde el señor Osman, y aguardó hasta que fuese hora de que su visita no pareciese demasiado importuna.

Cuando llegó, todos estaban en gran consternacion á causa de la fuga de Emilio: la mayor parte de la familia se hallaba en el cuarto de este, mientras que Adelaida, buscando la soledad, trataba de ocultar su pena por este medio que era el único á cuyo favor podia lograrlo, pues con solo verla en aquellos momentos, quedaban revelados todos los secretos de su alma apasionada.

Santiago al entrar quedó penosamente sorprendido, imaginándose que Emilio habia muerto, una vez que veia abiertas la puerta y las ventanas del cuarto que hasta entonces habia estado á media luz por motivo de la enfermedad.

La Cisne tambien se hallaba allí, sentada á la mesa de Emilio, con una carta en la mano: no lloraba; pero dejaba ver un sentimiento grave, que pareció funesto á Santiago, y acabó de alarmarlo, porque todo le presagiaba desdichas, no alcanzando á comprender ese desorden, ni aquellos montones de ceniza y demás fragmentos que del puñal y del retrato habia dejado Emilio.

En pocas palabras le dieron cuenta de todo, y aunque llevaba intenciones ese dia de hablar con la Cisne y referirle los sucesos relativos á su carta, no se atrevió á tocar este asunto, por el desorden en que se encontraba la casa y la inoportunidad del momento para hablar de un hecho que despues podia comunicarse en ocasion mas favorable; pues por entonces todos se ocupaban de Emilio, manifestando un grande interés de que al momento se le buscara por todas partes con diligencia y constancia, para lo cual las señoras invitaron á Santiago y le rogaron se pusiese inmediatamente en camino, mientras don Juan y otros amigos buscaban por la ciudad y por las cercanías.

Así fué que se vió precisado á irse al momento á emprender su marcha por el mismo lado por donde habia tomado el viajero que vió á la madrugada, y que fundadamente juzgó entonces pudiera ser Emilio.

Entre tanto, la Cisne, con la carta que encontró para ella en el cuarto, sentia un horrible peso que no la dejaba acordar una resolucion acertada en el caso en que se veia como defensora de Emilio y su padre, y enemiga al mismo tiempo de sí misma.

Salvar al que la habia salvado, no era para ella dudoso; pero la carta que le imponia su sacrificio, venia de Monterilla, y entonces ese sacrificio no podia ser sino la inútil complicidad de un crimen.

Mas era cierto tambien el aviso de los escondrijos seguros que tenia la Daifa, y ella lo sabia de modo que probablemente en esa parte la oferta merecia crédito.

No era su existencia lo que se pedia, era su honor, y nunca creyó la Cisne que el honor de una mujer valiera menos que la existencia de un hombre.

Emilio mismo no se habia atrevido á proponer tal sacrificio; no habia podido aventurar su juicio para decidir la duda, y todas aquellas incertidumbres eran del dominio de la honra y la virtud, únicos jaezes que debian fallar sobre ellos.

El honor los exigia; pero el mismo honor los condenaba; y si el egoismo se atrevia á pedirlos, la generosidad no podia concederlos. La Cisne pues, sin hablar una palabra, meditaba sin cesar lo que habia de hacer, y le sucedia lo que siempre: á lo mas vacilaba su pensamiento; pero su carácter, nunca.

Cuando Santiago estaba en su casa disponiendo el viaje, se le presentó una mujer enviada por Veratrina, trayéndole la carta falsa de la Cisne, pero diciéndole que solo era un billete de aquella.

El con la precipitacion con que hacia todas sus cosas siempre, y particularmente en aquellos momentos de afán y de angustia, la leyó involuntariamente.

Mas aunque tenia ya tanta fe en las virtudes de la Cisne, fué muy grande el disgusto que al principio lo asaltó, no pudiendo decidir de la autenticidad ó falsedad de semejante papel, por lo que solamente resolvió enviárselo á ella al momento con don Juan.

Con menos dificultad consideró estas cosas, porque persuadiéndose de la autenticidad de la carta, solo creyó que semejante mujer no merecia la proteccion del señor Osman y debia ser restituida sin demora á la Daifa, para aprovechar por ese medio los auxilios ofrecidos á don Adolfo.

Inmediatamente, pues, se puso en camino para la casa del señor Osman, resuelto á emplear eficazmente todo recurso, á fin de lograr la restitucion de la Cisne.

Aun estaba la familia en el cuarto de Emilio cuando llegó don Juan, quien al ver á la Cisne no pudo prescindir de interesarse todavia en su favor, arrepiniéndose casi de llevar á efecto su funesta instancia.

Con todo, recordando como hombre de mundo cuánto es capaz de engañar la hipocresía, puso con mano trémula á los ojos de la Cisne la carta que llevaba.

Un grito de horror y un torrente de lágrimas fueron el signo que ella dió de quedar instruida de las calumnias con que intentaban perderla. Las señoras quedaron confundidas de semejante suceso, y pidieron á don Juan la aclaracion del misterio.

— No, gritó la Cisne, guárdese Vd. de revelar el contenido de ese vil papel, hasta que pueda desmentirlo mi justificacion: de lo contrario, será cómplice del infame Monterilla, autor miserable de esta calumnia infernal.

— Sí, dijo don Juan; pero no sea necesario advertir á Vd. del deber de restituirse al poder de la Daifa...

— ¡Qué! exclamó sorprendida la señora de Osman. ¿Hace Vd. tan indigna indicacion y aun nos oculta sus motivos? No, don Juan, la Cisne no saldrá de aquí contra su voluntad en ningun caso.

— Sí, saldré, repuso la Cisne con dignidad: no debo permanecer mas en este grato asilo, porque de ningun modo me es posible pagarlo con el sacrificio que hoy se me trata de exigir en favor de uno de mis protectores.

— Ningun sacrificio, dijo una de las señoritas acercándosele y echándole los brazos: ningun sacrificio impone á Vd. una familia que con tanto gusto la mantiene en su seno, y que con decision y energia la defenderá del nuevo adversario que parece levantarse contra usted.

— ¡Señorita! exclamó don Juan: No juzgue Vd. tan ligeramente acerca de un hombre que nunca puede perseguir la virtud.

— No, señor, contestó ella; la Cisne es incapaz de la accion mas leve que merezca censura.

En este momento se presentó tambien el juez al frente de las señoras y don Juan.

— Siento mucha pena, dijo con gravedad y cortesía, de venir á molestar á Vds. con mi carácter oficial; pero confio en que la discrecion de las señoras me disimulará, en atencion á que vengo á ofrecerles una oportunidad de servir á la justicia.

— Con mucho gusto, contestó la señora brindándole asiento y prestándole atencion.

— Se trata, continuó el juez, de que la señorita llamada la Cisne tenga la bondad de informarme sobre algunos puntos que si me permite, pasaré á indicarle.

— Es en vano, dijo la Cisne, porque yo solo estoy al cabo de los hechos ejecutados por las personas que me rodean; y en cuanto á eso, sé ocultar las virtudes cuya publicacion fuera capaz de ofender su modestia; así como sabria igualmente reservar los defectos de mis protectores si fueran susceptibles de incurrir en alguno.

— ¿Ha sido su protector Adolfo Castelvi? preguntó el juez con bondad.

— No, señor.

— ¿Es él por ventura un hombre virtuoso?

— No lo conozco.

— ¿Conoce Vd. á la Daifa?

— Sí.

— ¿Trata Vd. de ocultar sus virtudes para no ofenderle su modestia?

— Soy su enemiga, señor; y no puedo por lo mismo declarar contra ella.

— Pero si podria dar alguna luz á la justicia acerca de los malhechores cuya compañía conoce esa mujer perfectamente. Por ejemplo, ¿podria Vd. revelarnos los escondrijos donde ellos se guarecen?

— Podria acerca de algunos, pero no quiero perjudicar á nadie.

Cuando iban aquí del interrogatorio, se presentó Juan Cancio con una carta en la mano.

Como se quedó en la puerta del cuarto saludando repetidas veces y haciendo seña á la Cisne de que le traia ese papel, todos se quedaron callados mientras esta se acercó á recibirlo. Era una carta del doctor Témis en que le decia que si el juez la interrogaba, declarase con verdad cuanto supiera, no solamente en contra de toda la cuadrilla de la Daifa, sino tambien contra don Adolfo y en revelacion de los escondrijos.

Advertiale además que si así lo hacia, no conviniera de ningun modo en volver donde su enemiga, porque dentro de pocos momentos iria por ella un eclesiástico virtuoso, cuyo nombre le indicaba, y la llevaria al convento de Santa Inés, para que allí se refugiara con seguridad, mientras llegaba el dia de volver donde el señor Osman. Mas en el caso de que rehusara, se le acabaria su protector y quedaria abandonada á sí misma.

Estaba marcado para la Cisne aquel dia como el mas fecundo en combates delicados, que conspiraban á trastornar sus ideas y derrocar sus principios. No era suficiente rehusar á su defensor el sacrificio que parecia exigirle en favor de un padre perseguido á quien todos los apoyos iban retirándosele: era además indispensable suministrar pruebas y evitarle el recurso único de la ocultacion.

Su honor, que en otro tiempo empezó por imponerle el sacrificio de las penalidades de sí misma, iba ya pre-

tendiendo ver en holocausto tambien á los que habian tenido la gracia de respetarla y protegerla.

Nada podia iluminarle en aquel caso al que no alcanzaba el débil juicio de mujer: ¿qué recurso pues sino obedecer en todo el del hombre que ella mas respetaba? Así lo decidió, y volviéndose hácia el juez, le expuso con seriedad y entereza todo cuanto sabia, no solamente acerca de los escondrijos de la Daifa, sino cuanto conocia respecto de los crímenes de Adolfo Castelvi.

Las señoras se confundian, y don Juan se apretaba los puños devorado por la rabia, viendo en aquella mujer tan hermosa, tanta perversidad y tanta audacia. Mas ella se limitaba á intercalar en sus respuestas frecuentes paréntesis en que anunciaba ir á dejar muy pronto aquella casa y echar la responsabilidad de su conducta sobre un hombre que sabria responder de ella.

Al mismo tiempo que declaraba, escribia sobre la mesa de Emilio la contestacion con que debia despachar á Juan Cancio, y que muy pronto fué puesta en sus manos.

Despues de oír el juez la declaracion de la Cisne, solicitó la de don Juan, que con esto se puso mas enojado, no bastándole para evitar su disgusto, ni el recuerdo de la resolucion que habia hecho de servir al doctor Témis, ni de la atenta instancia del juez para que suministrara algunos datos útiles al triunfo de las leyes aunque fuesen á sus amigos.

— No depone Vd. contra Emilio, repetia el juez con bondad, depone contra un hombre que ofendiendo á la sociedad, no puede comunicar al inocente mas que el forzoso pesar de una desgracia á que todos estamos sujetos en el mundo. Explique Vd., pues, lo que le conste respeto de este asunto.

— Nada, señor, repitió don Juan, y es así la verdad. Por otra parte, nada me consta: solo sé que Emilio ha desaparecido de una sociedad de traidores, y yo lo envidio de veras.

— Sin embargo, dijo el juez: es preciso que la justicia corrija esa sociedad, y ella no puede hacerlo si no encuentra quien le sirva.

— Yo le serviré gustoso, repuso don Juan, cuando no me pida una felonía que manche la amistad. Conozco y respeto al delator de Adolfo Castelvi y aun he resuelto acompañarlo en su situacion actual; pero esto solo de un modo privado, y en cuanto no perjudique á mi mas querido amigo. Despues de esta manifestacion, si Vd. me pregunta mas, valdria lo mismo que si interrogara á ese monton de cenizas.

— Ya están interrogadas esas cenizas tambien, continuó el juez con énfasis; y puesto que Vd. dice no constarle cosa alguna, basta para no insistir.

Algunos momentos despues que se retiró el juez y que la Cisne confundida lloraba su situacion, se presentó un prebendado muy respetable, que venia por ella para conducirla al convento de Santa Inés.

Las señoras no sabian qué hacerse y Adelaida padecia un profundo sentimiento con aquella repentina separacion; todos se oponian á la entrega de esa jóven; pero ella delicada y resuelta no aceptó la detencion y se fué con su conductor para el convento.

XII.

EL CLÉRIGO.

Cuando salió Santiago en alcance de Emilio, ya la carta falsa que Veratrina le habia remitido, iba produciéndole un pesar profundo, habiéndolo hecho pasar primero de la confianza natural que tiene el corazon en la virtud del objeto que lo cautiva, á la duda y á la vacilacion y de estas al error.

Recordaba de una en una todas las circunstancias que daban verosimilitud á aquella carta, y perdía por grados la energia de su alma para obrar en todo sentido, cual si ninguna de sus acciones hubiese tenido otro estímulo moral que su amor á la Cisne, fundado siempre en una condicion, que desapareciendo ahora, dejaba su vida sin objeto ni encantos.

(Se continuará.)

Los galeones de Vigo.

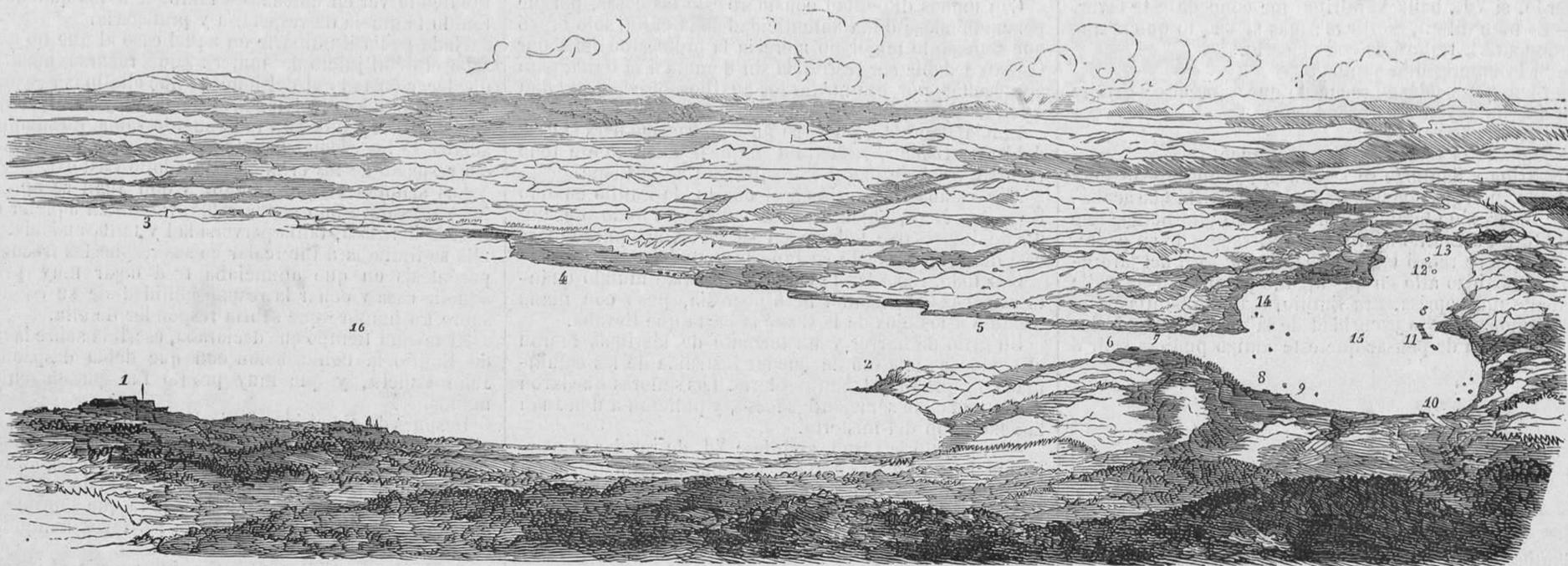
Acaba de emprenderse una expedicion en busca de un tesoro sepultado en el mar, que exige algunas aclaraciones históricas.

En 1702, á fines del reinado de Felipe V, la España, arruinada por una larga guerra, no poseia siquiera las naves necesarias para sacar de Méjico el tributo que cada dos años pagaba aquella rica colonia.

Su alianza con Francia la permitió pedir á esta última la proteccion de una escuadra naval, que bajo las órdenes del almirante conde de Chateau-Renault, salió de Brest con el encargo de unirse á los galeones españoles en las aguas de las Azores, y de escoltarlos hasta Cádiz, que era el punto de desembarque.

Esta escuadra, compuesta de quince naves, se reunió felizmente con la de España; pero avisados los almirantes de que les esperaba una flota anglo-batava cerca de Cádiz, tomaron otro rumbo.

El almirante Chateau-Renault opinaba por un puerto francés; pero prevaleció el parecer del almirante Velasco, y se decidieron por Vigo.



LOS GALEONES DE VIGO. — Las bahías de Vigo y San Simón, á vista de pájaro.

1. Vigo. — 2. Punta de la Guia. — 3. Aldea de Cangas. — 4. Santa María. — 5. Bahía de Feis. — 6. Fuerte de Rendi (ruinoso). — 7. Fuerte de Corucix (ruinoso). — 8. Regagenda. — 9. Casa de los Buzos. — 10. Rodondella. — 11. Lazareto (antiguo monasterio de San Simón). — 12. Islas Erbedores. — 13. Sampayo. — 14. San Adriano. — 15. Bahía de San Simón. — 16. Rada de Vigo.

Vigo no tenía ni guarnición ni medios de defensa; mas sin embargo, las escuadras aliadas llegaron á la rada y se refugiaron inmediatamente en la bahía de San Simón, que sigue á a de Vigo.

Tomáronse todas las medidas de defensa: una estacada situada en la parte mas angosta de la gola que une la rada con la bahía, se armó con baterías y dos buques de guerra, y lo restante de la escuadra se formó á una milla de la estacada.

Cinco dias pasaron entre la llegada de las escuadras aliadas y la de la flota anglo-batava, dias que se perdieron en inútiles negociaciones entre las autoridades del puerto, los delegados de Cádiz y el almirante Velasco.

Por fin llegó de Madrid la orden de operar el desembarque de las riquezas que traían los galeones, cuando apareció la flota enemiga, que se componía de unos 200 buques de toda clase.

Seguidamente comenzó el ataque.

No es ocasion de relatar aquí las peripecias de aquel heroico hecho de armas; bástenos decir que el resultado fué un espantoso desastre, causado primero por el fuego del enemigo, y despues por las órdenes de los almirantes Velasco y Chateau-Renault, que prefirieron quemar sus naves antes de entregarlas.

Consta pues que aquel dia se hundieron en la mar mas de 380 millones de francos, fuera de los valores desembarcados y de los galeones que tomaron los ingleses.

Hé ahí la historia.

En diferentes épocas se dieron concesiones para salvar esas riquezas; pero á nada condujeron, por falta de medios á propósito.

El último concesionario, M. Magen, ha sabido alcanzar un resultado que ya no parece dudoso.

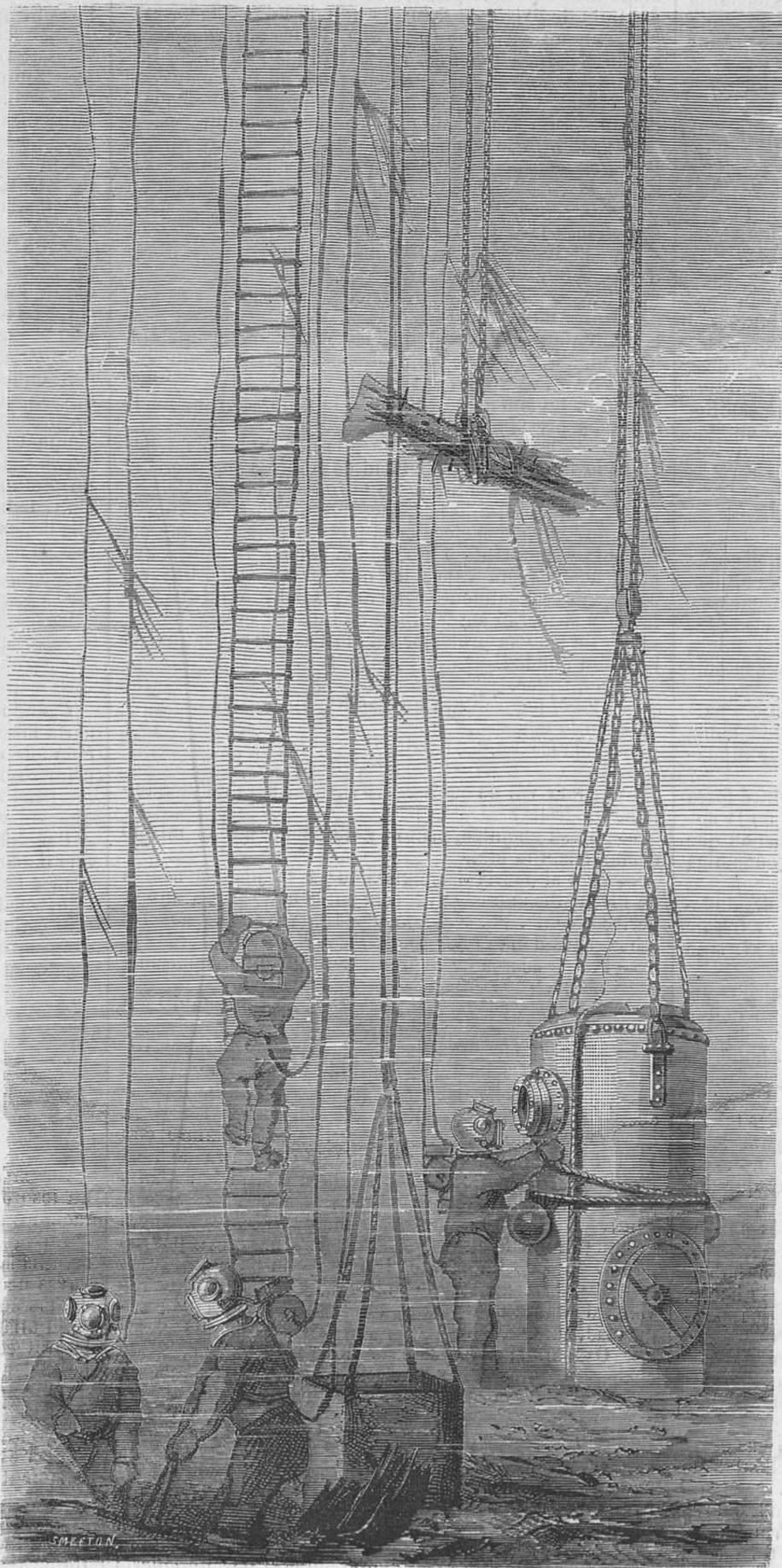
Lo primero que había que hacer, era practicar un reconocimiento para encontrar los restos de los buques, establecer su posición, su grado de hundimiento, y la mayor ó menor probabilidad de sacar de ellos los metales y objetos preciosos.

M. Magen, director-gerente, eligió para este encargo á M. Bazin, ingeniero.

Mientras M. Bazin hacia en Nantes el armamento de la goleta *Julien-Gabrielle*, que debía llevar á Vigo á algunos hombres especiales, M. Magen se adelantaba, y con una compañía de buzos provistos del aparato Denayrou, y dirigidos por M. Garnerol, recogía de los pilotos de Vigo las primeras indicaciones, de modo que el ingeniero en jefe no tuvo mas que precisar topográficamente el lugar que ocupaban, su orientación y situación submarina.

Había once, según la tradición, once que faltaron á la lista, y todavía faltan.

Al punto que llegó M. Bazin, le en-



Buzos trabajando.

cargaron la dirección de las obras, y se llevó la exploración activamente.

El trabajo preliminar se hallaba hecho al cabo de tres meses, con la ayuda de M. Ravel, ingeniero hidrógrafo, quedando establecida de un modo exacto la posición de tan preciosos restos.

En este primer período de la expedición, no se buscaba dinero, y sin embargo, la víspera de la partida de M. Bazin, los buzos subieron inopinadamente las primeras barras.

Entre los aparatos que mas se han empleado en esta primera parte de la obra, debemos citar en primera línea el aparato de Denayrou, que resume por sí solo el verdadero trabajo submarino en profundidades menores de 50 á 60 metros. Ahora bien, la de la bahía de San Simón no pasa de 20 metros. Los hombres provistos de esa especie de armadura, trabajan fácilmente en el fondo del agua hasta tres horas sin cansarse.

En cuanto al observatorio de M. Bazin, es un instrumento bien imaginado, y que está á prueba de fuertes presiones atmosféricas; pero necesita un gran perfeccionamiento: un conducto atmosférico y un conducto acústico. Es de creer que cogido de improviso, M. Bazin no tuvo tiempo para operar esos cambios, cuya realización habría suprimido todo peligro en las frecuentes inmersiones de ese aparato.

Compónese el observatorio de un cilindro de hierro batido que tiene en su parte inferior una abertura circular para dar entrada en la máquina, y que se cierra con un solo mecanismo; en la parte superior hay un cristal de mucho espesor que permite ver lo que pasa fuera, y un alambre eléctrico le pone en comunicación con el buque.

El hombre que por primera vez entra en esa casa, experimenta una impresión desagradable: es la del ruido que hace el aparato cuando se cierra; pero es pasajera, y la reemplaza prontamente la sensación de un ruido metálico que produce el cilindro al sumergirse: al cabo de dos ó tres segundos, el ojo inquieto escudriña curiosamente al través del objetivo en las profundidades del mar.

Se baja sin cesar, hasta que por último, un movimiento de oscilación deja adivinar que el observatorio toca al fondo: entonces se experimenta otra sensación mucho mas fuerte, la del silencio absoluto.

Este silencio es inexplicable, es la nada; pero si los buzos trabajan, ya es otra cosa.

H. D. B.

Los Editores-Propietarios responsables,
X. DE LASSALLE y MÉLAN.

Paris. — Tipografía de A. Marc,
22, rue de Verneuil.